Los primeros pasos

Eduardo Mosches

No es nada raro cargar algún río sobre las espaldas de la vida. Si fue ese el que se encontraba oculto por la ciudad, o aquél otro en que las tormentas lo insolentaban y crecía arrastrando vidas ajenas, los sillones de la siesta y los perros que no podían nadar. Al dar vuelta a las hojas de los mitos, topamos con ese río en que sus aguas desplazan rituales, ese camino hacia la vida a través de la muerte. Los ríos que surcan hacia abajo o hacia arriba, que desplazan a los sentidos, los que purifican y liberan, los que son atravesados por las parejas amantes, el equinoccio de verano se baña en sus aguas junto con los cánticos de la fecundación; los cuerpos se unen, las aguas se abren. Esa fresca sensación que se tiene, al hundir con suavidad las manos en la corriente de ese río, al que conocemos y lo llamamos por su nombre y éste no siempre responde. Los ríos son muy viajeros, realmente, fluidamente nómadas, en sus inicios descienden desde las montañas, serpentean a través de los valles, se mezclan y se pierden en los mares, para apaciguarlos y hacer posible que los peces se unan, los dulces y salados. Y a veces nos podemos decir, que son tan parecidos a la vida humana, con ese fluir persistente de los deseos y los sentimientos. De las intenciones en las acciones, la diversidad y complejidad de los innumerables rodeos que realizamos antes de decidir por la acción que define el momento y el futuro, ese instante precario de la vida.

Por los años medio desvaídos de mi infancia, un río, hecho tigre, se comió mis zapatos, debido a la intensa tormenta y las aguas bravamente revueltas. Suceso que, posiblemente, hizo factible que por muchos años mi vida fuese nómada, hasta que otros ríos aquietaron la búsqueda y han permitido establecer raíces profundas.

Alguien, desde la orilla de un río ancho y pardo, escribió que ...*una raza de hombres y mujeres de la costa cuyas vidas, igual que esos troncos que las mareas arrojan a la playa, han sido pulidas de forma caprichosa y extraña. No existe un elemento más blando que el agua, y sin embargo, socava la roca y el corazón más duro hasta volverlos irreconocibles*.

Naveguemos por los ríos conocidos y aquellos por descubrir, creados y recreados por la escritura y surquemos sus meandros, entre arboledas, puertos y palabras, Naveguemos.

Los ríos que corren por *Blanco Móvil*

Cynthia Pech

Lo que nada tiene la edad del agua
Edmond Jabès

Desde niña el agua me ha seducido y creo que porque muchos años mi vida ha estado suspendida en los veranos de sol y playa que pasé en Puerto Progreso, Yucatán. Ahí, la inmediatez del agua, la espuma y el flotar entre las olas me conectaba con dos pensamientos recurrentes que llegaron a ser casi enigmas: cómo era que todos los buenos ríos fluían hacia el mar y por qué el agua dulce de los ríos seguía siéndolo al contacto con la sal del mar. Como era de esperarse, el rompecabezas que supone todo enigma jamás lo resolví, el tiempo pasó y me acostumbré al río Coatzacoalcos o al Usumacinta tocados apenas a mi paso en el largo recorrido hacia la Península de Yucatán.

Luego los ríos fueron otros, los que conocí a mi paso por ciudades atravesadas por ellos o los que descubrí en mis aventuras literarias. Sin duda, son estos últimos, los descubiertos en la literatura, los que aún perviven, de manera cercana, en mi memoria.

En mi recuerdo está presente el protagonismo que las orillas del Bósforo tienen en la narrativa de Orhan Pamuk o el sonido de las aguas que llevan a la desembocadura de *El Danubio,* el viejo río por donde Claudio Magris nos hace viajar hacia sus distintos cauces dentro de Europa Central. Ni qué decir del papel principal que el Mississipi, con todo y sus laderas, tiene en los recuerdos de mis primeras aventuras que leí de la mano de Mark Twain. También están esos poemas potentes de escritores y escritoras variadas que aliñaron mis primeros acercamientos a la poesía y me dieron para la posteridad versos tan profundos como los de José Ángel Valente y su evocación del río parisino, o el sonido selvático en el otoño en las islas de José Carlos Becerra o algunas salpicaduras de las aguas profundas de la más náufraga de las poetas, Alejandra Pizarnik.

El río, su anchura, su profundidad, su acuosidad y sus coordenadas fluviales, seducen. Sí, el río y sus afluentes han despertado la inspiración de quién escribe, pero también, la imaginación de quienes leen cómo por sus largos kilómetros de longitud y riadas corre la aventura que no deja de nadar y zambullirse en aguas quietas o alebrestadas, según sea el caso, pero que siempre llevan al cauce de un delta: la palabra.

La palabra, esa gota cristalina a la que convoca este número de *Blanco Móvil,* agita las aguas de estas páginas para despertar el

canto de las sirenas de río de las trece autoras y los catorce autores que conforman el número. Cantos distintos que desde sus coordenadas, saludan a los navegantes que estamos de paso.

Las perspectivas de los ríos que corren por *Blanco Móvil* son muchas. Ya sea el Guadalquivir y el fluir que emana del canto del poeta Carlos Aguasaco; la obsidiana pura que son los cinco ríos de la orografía de la poeta Zulema Moret, o la desembocadura de la que el narrador Gustavo Marcovich nos da cuenta de manera divertida. Los ríos y sus aguas fluyen en los versos de las poetas Socorro Soto y Rosa Gaytán y su río bien grande; o en el estanque donde flotan las ofelias de la poeta Adriana Tafoya. El agua de los ríos de la poeta Abril Albarrán y de los poetas Jorge Manzanilla Pérez y Erwing Roldán Ortiz, corren río arriba para empaparlo todo... Mientras, Eduardo Milán atisba con su río el recuerdo del Uruguay después de tanto... y Sandra Lorenzano evoca el río con muelle y los naufragios en los vestigios de su poema.

También están los ríos interiores, esos que atraviesan los puentes de los poetas José Ángel Leyva y Ramón Iván Suárez Caamal; las venas del poema de Eduardo Mosches y el canto tallado del poema de Andrés Cisneros de la Cruz. O están los ríos que cuelan la luz en el poema de Alica García Bergua, o en los recuerdos que despliegan el canto de tantas sirenas en los ríos que atraviesan las ciudades que Francesca Gargallo recuerda.

Pero el agua de río siempre sigue un cauce, así sea el Iguazú y el Paraná, el Mapocho, el Colorado, el Negro o el Amazonas, tal y como los versos de Katy Cerda, Roberto Arizmendi, Grissel Gómez Estrada, Jorge Ruiz Dueñas y Luis Armenta Malpica, respectivamente, dan cuenta. O está ese Río Bravo, histórico y cotidiano en el que transcurre la historia que cuenta Eduardo Antonio Parra, o el Orinoco en la instantánea que Jorge Balza retrata. Mientras, Mariana Vacs teje sus redes y Maya Lima levanta un huracán en el río de versos.

Los ríos y sus aguas son metáfora para la escritura. Sus posibilidades corren río arriba y en sus cauces siempre está esa mínima gota que estalla la imaginación. Imaginación pura como los distintos cantos de sirenas de río que están presentes en este número de *Blanco Móvil* y que buscan seducir a los navegantes de sus ríos literarios. Los y las invito a dejarse seducir por las sirenas.

Piedra Del Guadalquivir

Carlos Aguasaco

Poema escrito leyendo el Arte Poética de Borges

●

Sucede que un día, entrada la tarde
dejas de caminar por la ciudad y te detienes a mirar el río
la arteria que fluye por su pecho de piedra
decides quitarte los zapatos y metes los pies en el agua
por un momento sientes que todo en tu ser fluye
y con la corriente se elonga, se disuelve en el agua
el tiempo es otro río, recuerdas
y piensas en la ironía del anciano enceguecido
para quien el ojo era una pluma
y la penumbra su lienzo
el río es otra forma del tiempo, murmuras
te quitas la camisa y te dejas caer de espalda
quieres quedarte allí, permanecer allí, en el torrente
dejar que el agua te redondee las carnes
y haga de tu cuerpo una roca suave
un guijarro más en su corriente.

●●

Alguien arroja un centavo al torrente como quien pide un deseo
la moneda atraviesa el aire y cae al agua
te golpea en la frente, justo en medio de las cejas
abres los ojos y ves los rostros de los turistas que junto al Guadalquivir
van hacia delante en sentido contrario a tus deseos
forman una marea que se pierde en la distancia
pasan como el agua, dices en una sentencia
y vuelves a dejar que la corriente te cierre la mirada.

●●●

Deambulamos dormidos con los ojos abiertos
la vigilia es otro sueño,
recuerdas al anciano sentado junto a la puerta,
recostado en su bastón
como un dinosaurio de piedra
por un momento sospechas que él te ha soñado
que eres un personaje de un laberinto circular hecho ruinas
algún pececillo extraviado te muerde en la oreja
la mente vuelve al agua
que cada vez se hace una manta más gruesa, más fría
y permanente.

●●●●

Dormir, meditas, es el parpadeo entre la vigilia y el río
la vida, supones, es la sucesión finita entre sus cauces
la muerte, comprendes, es el final de la carne o la erosión de la roca
no temas, quieres decirle al anciano de tu sueño,
de una forma u otra permaneces
si no eres piel o roca serás el pez que te mordió en la oreja
irás a con él hasta el vientre de la ballena
no temas, le repites
ya aprenderás a existir como un hilo de arena casi invisible
entre los dos cauces.

—

El viejo se levanta y, con el bastón en el aire, propone
que todo el universo es un libro gigantesco
que *el día o el año son un símbolo*
luego se sienta y así permanece
yo soy entonces un códice escrito por el agua,
un petroglifo del tiempo,
dices en voz baja para entretener su idea
sin perturbar a la rana que dormita en tu rodilla.

●

El símbolo se desprende del objeto como el hombre de sus huellas,
meditas en silencio bajo la manta líquida que te envuelve,
un remo entra en el agua y te golpea el tobillo
el huesecillo se desprende de la pierna y rueda con la corriente
¿Seré yo el símbolo de ese guijarro?
¿Será ese trozo de grava el mío?
Allí se va una parte de tu alma, libre de memoria
allí se va una parte de ti que por fin fluye, que fluye al fin.
Recuerdas al anciano del bastón, al dinosaurio de piedra
y lo ves erosionarse en la distancia.
El viento, piensas, no es el anverso del agua sino su alma diluida en el espacio.
El viento, piensas, es el río del aire que envuelve al poeta.

●●

¿Qué hacer? Te preguntas con el ritmo de la corriente que se calma
¿Cómo convertir *el ultraje de los años* en susurro, en estribillo, en canción?
Piensas en el viejo, en el aire y en el río
¿Cuál es su artificio? ¿De qué manera transcurren y crean?
El pez que sale de tu oreja es devorado por un pez más grande
y se aleja sin tocar a la rana
sientes que un cangrejo entra en tu nariz como en su casa
con su pinza inclemente te hace polvo el tabique y *remodela* el espacio
con su telson de bronce barre los escombros
y así, hecho polvo, se va tu huesecillo de piedra

●●●

Piensas en la muerte y la temes
el viejo dice que allí habita el sueño
la iglesia ha dicho que para ti será una pesadilla
la ciencia ha dicho que desprecia a la iglesia pero advierte
que el sueño es tan real como la conciencia
la solución del viejo, supones aturdido, fue morir a grandes saltos
hacer de la vigilia un sueño, habitar la noche perpetua, la ceguera
piensas en la muerte y la aguardas

Conociste a un poeta que no murió en el ocaso
un ser de caoba que celebró su cuerpo entre las llamas
y feneció al medio día
si el viejo es dinosaurio, concluyes, este hombre es salamandra
si el viejo está en el aire, supones, este hombre está en la flama
habita la lava ardiente que, como el río o el aire, también fluye
conociste a un poeta al alba y lo oíste confesar
que solía *despertar sin piso, como Pegaso o como Ícaro*.

La poesía es *inmortal y pobre,* repite el anciano
con su voz grave y pétrea
inmortal y pobre –continúa-
y esta aliteración es su mantra, su estribillo de arena

el poema es artificio, quisieras decirle
el poema es una cosa y, como el símbolo,
se desprende de la poesía
es su huella

la salamandra agita la cola y se enfurece
piensa que hablas de la poesía como una excreción

yo diría que el *poema es un tótem,* afirma tajante
tótem, tótem, ese es su mantra, el bordón de su jarcha

Espejo de agua, en el agua

te observas desde el ojo del cangrejo, es decir desde adentro
en el anverso del rostro se revela tu calavera
la imagen de tu muerte

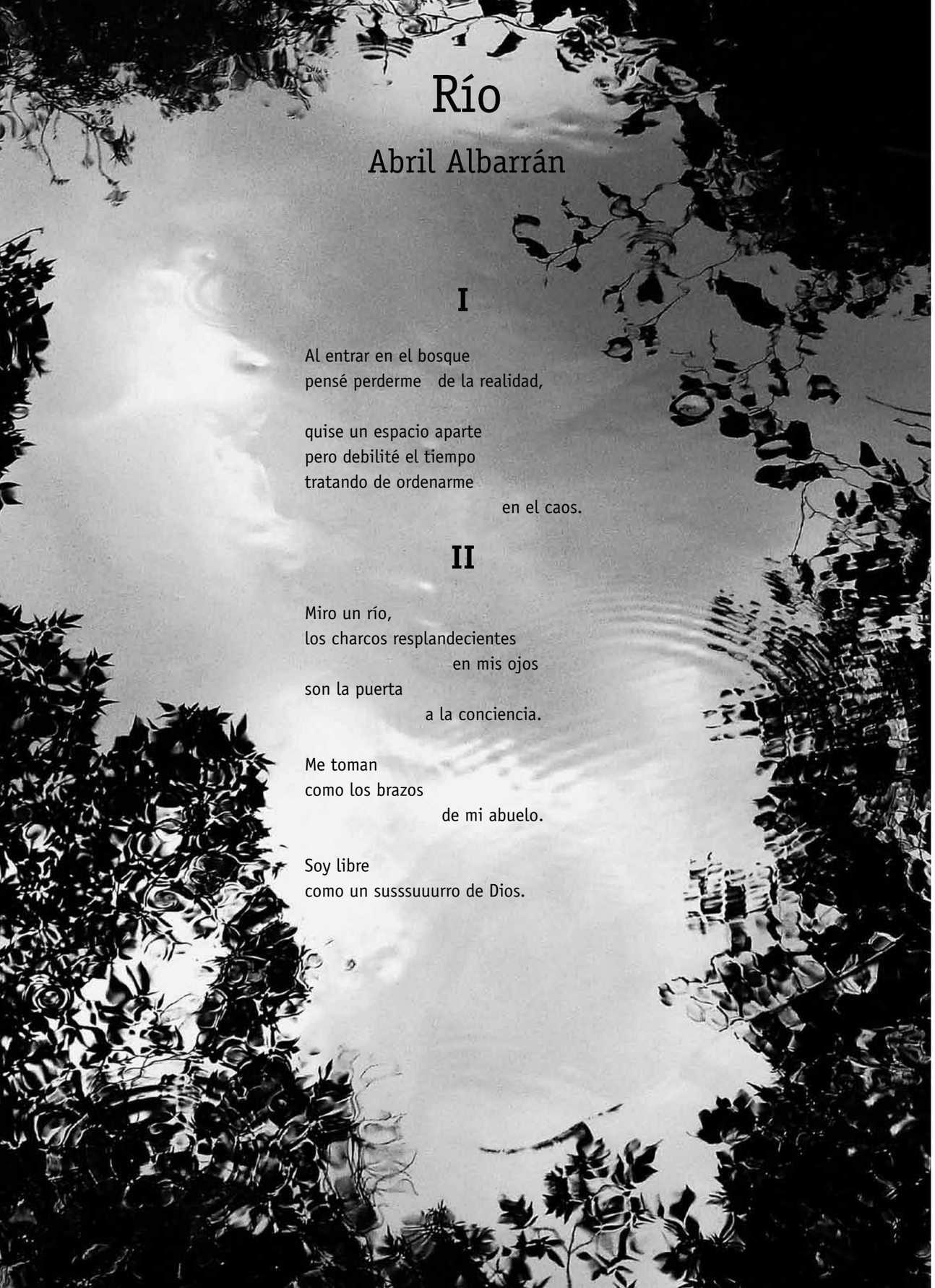
el artrópodo que descansa sentado en tu lengua
se harta de tu sesos y te presta su ojo

cangrejo del Guadalquivir
ojo de agua, en el agua

La *eternidad rebasa el prodigio,* afirma el anciano
todo prodigio es eterno, responde la salamandra
tú piensas,
sí,
piensas, en el jardín de tu casa
en las manos de tu abuela
y en el pedazo de tu oreja que lleva el pez que devoró el otro pez
en el hombre que con el anzuelo lo atrapa y lo saca del agua para llevarlo a su mesa
en la familia que se harta con tu oreja
y en su extraña comunión con el cangrejo

Panta rei, todo fluye, *panta rei*
has encontrado tu mantra
Heráclito el triste, roca del Guadalquivir
Panta rei, todo fluye, *panta rei*
ojo de cangrejo, oreja en el plato
poema, corriente interminable

Panta rei, repites
ese es tu mantra, el bordón de tu jarcha



Río

Abril Albarrán

I

Al entrar en el bosque
pensé perderme de la realidad,

quise un espacio aparte
pero debilité el tiempo
tratando de ordenarme
en el caos.

II

Miro un río,
los charcos resplandecientes
en mis ojos
son la puerta
a la conciencia.

Me toman
como los brazos
de mi abuelo.

Soy libre
como un susssuuurro de Dios.

Río Mapocho

Roberto Arizmendi

En medio de la noche y de la vida
está presente la historia de infamias
se escuchan aún los gritos de tortura
la sombra de los generales, el alma sin decoro.

El Río Mapocho deja correr su canto eterno
celoso guardián de las historias
tantas veces testigo de ignominias
tantas horas la sangre dolorida corriendo por su cauce.

Me pregunto por los desaparecidos,
los encarcelados, las viudas y los huérfanos,
los que fueron obligados a dejar de vivir
en sus mil formas y variantes.

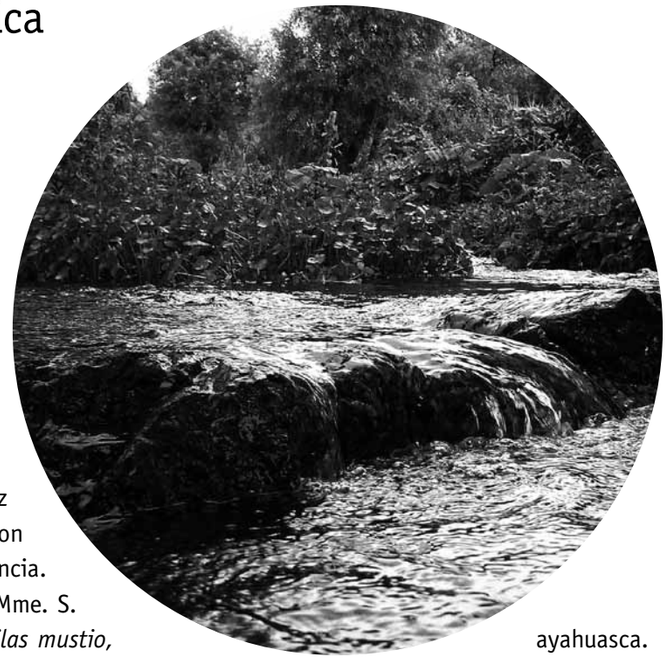
La muerte no sólo es desaparición física del mundo
se detiene el corazón, ya no avanza al mismo ritmo de los pasos
Hay quienes se han ido muriendo poco a poco
como una tortura precisa, punzante, dolorosa.

Muchos deambulan por las calles amputados,
les fueron cercenando su alegría,
sus sueños para construirlo todo a partir de los escombros.
Simplemente mutilaron las ganas de vivir...

Santiago de Chile,
once pm.

Vista de Néstor Perlongher sobre el Amazonas

Luis Armenta Malpica



Lo primero que veo son dos cuerpos: sin lágrima ni arruga, dice el miché, el gato, el de la voz barrosa. El que deja la luz se viste con su sombra y echa a andar tras la infancia. Un madrastral de tiempo, pensaría Mme. S. *Un macho ebrio de goznes, de tequilas mustio,* dice. Recupera una escudilla de agua aérea, una flauta de bronce y, del humo de su antorcha, *las volutas de los antepasados*. Ya lejos del altar en que se ofrece, *menor y amanerado, cual lobezno lascivo,* toma el polvo que le diera su padre el día que falleció su abuelo y abandona la patria (los mesones, casitas y mansiones) de los hombres (los jadeos, morreos y devaneos) adultos: su descendencia torva: los polvos para el asma, pero polvos al fin; un *chorro de ceniza rancia, raso sobre la losa, rosa pálida (látex)*. Lo primero es el goce: cuando no está en las manos, hace que estalle el ojo. Cuerpo cerrado a la grafía. Orto franco al desliz. *Ciclo de opilaciones y velámenes*. Lo primero que vi por los cierres abiertos del enorme Amazonas: *los valles de la misa, los alvéolos de eso que por ser misa hubo de echarle azogue*. Burbuja que me deja, que vuelve a su retiro si vacilan los cirios sin luz de la ayahuasca. Si también enfermara la *olorosa fragilidad del alcanfor,* no pensaría estas cosas. No hay sangrante piedad en este hablar tardío. Y sin empacho *dígale al que pasa que Riga es apenas el nombre que se le puede dar a la ilusión*. Mi nueva patria es la del Santo Daime: el mar *(tatuaje y tajo)* que corre adentro de mis ojos va cayendo a miradas, maullidos, a golpes de mentira y sal estéril. *Pasa una sombra por la cascada artificial* del desarraigo. Es el antifonista. Cuerpo *(hule) donde el deseo se hace salpicadura*. Adolescente a quien yo penetré como si fuera un río. Barro que nunca vi, porque me asfixia. Sueños de tinta y voz que dejan *lo preciso de esta ausencia*. A pesar de que flotan en el fango, esta es nuestra respuesta: *no hay cadáveres*. El goce es *la liturgia sin sentido, preparándonos para una duradera inmersión*.

Instantánea con el Orinoco

José Balza

I

Todavía resulta perturbador: en algún momento advertí que la inmensidad de las aguas, consideradas como propias desde mi nacimiento, estaban afuera. Debe haber sido hacia los cinco o seis años y tal vez eso ocurrió por algún grave peligro: la excesiva y amenazadora cercanía del oleaje ante la puerta de nuestra casa, arrasados ya por la corriente todo el patio y el pequeño puerto, o en una tormenta, a mitad del río, dentro de una estrecha curiara.

Tengo la impresión de que hasta entonces habíamos sido una misma cosa: el río, mis padres, los animales, los hermanos, la casa de barro y temiche, la lluvia y yo.

Algo me llevaba a aquella separación, inexplicable. Mucho tiempo después pensaría que no a todo hombre le está permitido ver la ruptura entre el cuerpo materno y el suyo. Yo, que tampoco la conocí, tenía en esta escisión con las aguas del Orinoco y mi propia realidad, un simbólico sustituto, tal vez más poderoso que el acto inicial.

¿Cómo dar una idea de todo aquello? Las aguas eran la atracción, la delicia, el alimento que yo había conocido siempre. Durante meses disponíamos del cielo más azul y estrellado; del espejo sereno donde entrábamos para cualquier actividad: jugar, bañarnos, pescar. El variado e irrepetible verdor de los juncos, las boras y los grandes árboles, sólo recibían la competencia de aquellos peces que volaban o transcurrían junto a nosotros, de las lujuriosas flores de color violeta o rojas y blancas. Durante años, al encontrar peces incrustados en ramas de enredaderas, mi hermano creyó que vivían allí.

Las aguas eran la atracción, la delicia, pero también el horror. Y es esto lo que descubrí tan tarde, a los cinco años. Una tormenta puede ocasionar pánico, con su negrura, los relámpagos y los truenos impetuosos. El viento sacude las casas y el río se encrespa. En períodos de invierno, crece y se lleva caminos, animales, objetos. Un niño pequeñito debe haber temblado ante el oleaje.

Las aguas mansas –o feroces- pasaban. En el Delta, algunas personas se iban y muy pocas llegaban. Pero los bosques, aun desgarrados por crecientes y lluvias, permanecían. Sigo siendo un tanto vegetal. Creo que escribí para no convertirme en árbol por completo. Y a pesar de las separaciones con el río (por él mismo, por mi salida del Delta, por mis viajes), la unidad con las aguas se ha mantenido siempre. Tanto que hoy me parece extraño hablar de ese río como si fuese algo distinto de mí. De allí la dificultad con que anoto todo esto.

Para quien haya nacido a sus orillas, hablar sobre el Orinoco, de su inmensidad y de su vigor en el Delta, resulta complejo. Y creo que quien lo haga habrá partido de aquella escisión vital respecto a su unidad primordial con él. El río es un destino, quiero decir algo inexorable: sus aguas circulan como nuestra sangre.

Tal vez toda la realidad guarda una ley secreta: la de que, quien la perciba o la viva, debe reflejarla. De manera espontánea esto ocurre en nuestro cerebro y por eso llegamos a caminar y a

amar: De modo menos explícito, quizá allí se sostenga una de las explicaciones para la existencia del universo mismo. Un físico tan reflexivo como Roger Penrose, no ha sido tímido al considerarlo: "La conciencia me parece un fenómeno de tal importancia que sencillamente no puedo creer que sea algo que sólo es accidentalmente producido por una computación complicada: es el fenómeno en que se hace conocida la existencia misma del universo". *(La nueva mente del emperador)*.

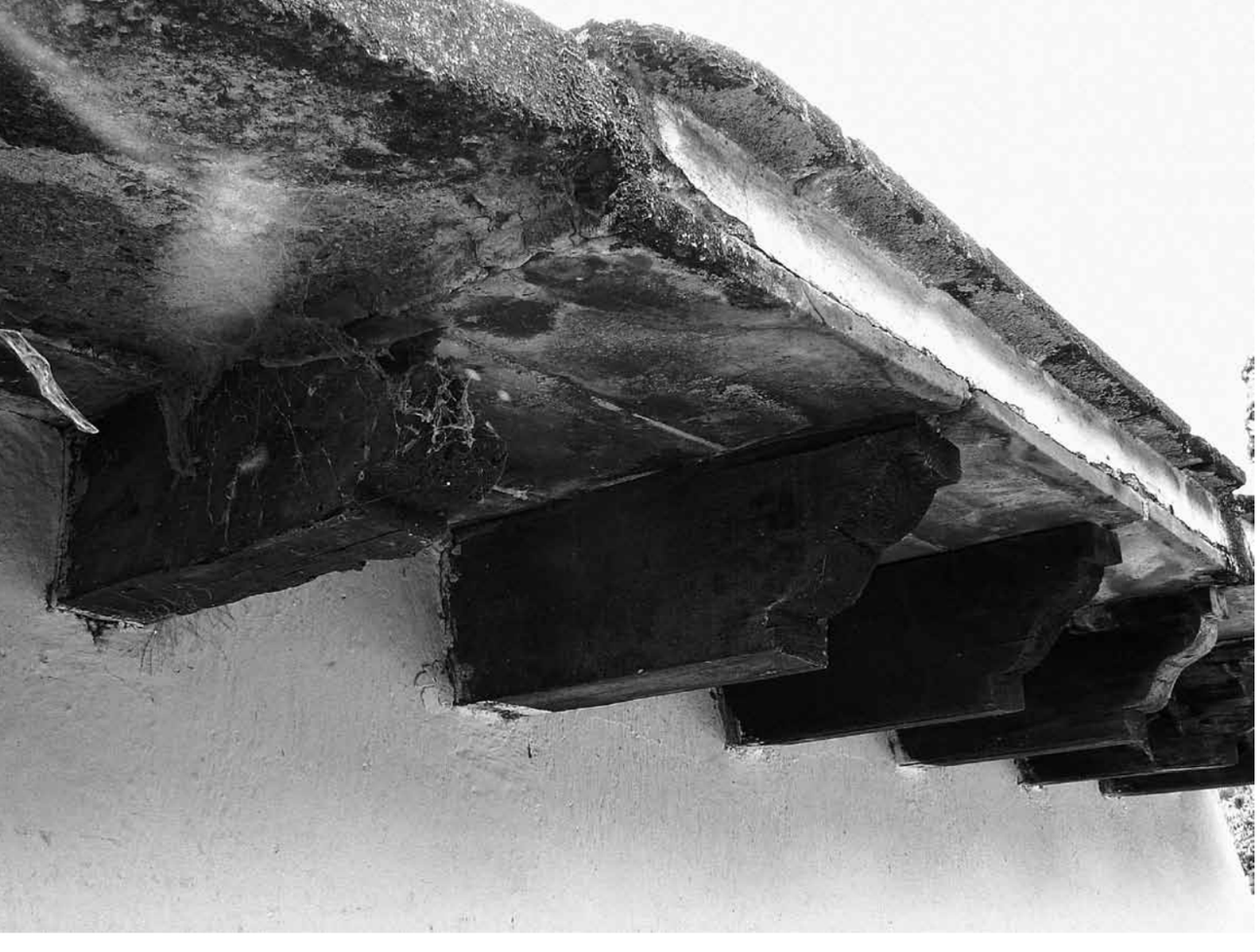
Tal vez, entonces, vivamos para rendir el tributo de lo reflejo, como sentido único de nuestra existencia. Toda persona desplaza su existir en una extensa reiteración, repetición, reinterpretación de cuanto la rodeó, la ha rodeado y la circundará. Gesticular, hablar, soñar, serían así sustitutos y complementos de lo real.

Pero hay personas a quienes su sensibilidad o su historia más secreta las han impulsado a expresar el testimonio de su paso ante lo inmediato. Nadie tiene que ser consciente del hecho: cuando veo la ornamentación de los Waika, los exquisitos tejidos Makiritares, la cestería, las danzas y cantos Warao, así como los petroglifos, sé que todas esas expresiones son una forma distinta de la selva, de los bosques y las aguas. En su inmenso devenir, el río se impone para que los ojos y las manos de quienes nacieron en sus orillas o de quienes allí viven, repitan sus ritmos oscuros, sus insinuaciones móviles, su irreductible mensaje acuático.

Innumerables tribus originadas a orillas del Orinoco pasaron como hojas llevadas por la corriente. En la extensión del río, algunos de esos seres detuvieron su existencia y su contacto con el mundo (con el río) en el dibujo sobre piedras, en tejidos, ornamentos, poemas y pasos de baile. Haber partido (nacido) de las aguas, los devolvía (los obligaba) a fijarlas: las artes indígenas son la herida, la costura, la sangre fresca que marca el contacto entre las aguas y la mentalidad de aquellos individuos.

Yo fui como ellos, y nunca entendí por qué mi manera de realizar la ofrenda, el tributo, tenía que ser la escritura. En otras ocasiones he contado cómo mis familiares maternos, llegados a comienzos del siglo XX desde la isla de Margarita al Delta, eran músicos; cómo mis familiares paternos, venidos quizá de sangre vasca y luego de los Andes, fueron agudos, neuróticos, abstractos. Uno de ellos, soldado de Joaquín Crespo, se dejó fascinar por el río y quedó en sus bordes para que naciera mi padre.

Yo debí ser silencioso y aislado o parrandero, sensual, armado siempre con una guitarra y conquistando muchachas. Esto último lo hizo quien más se me parece: mi hermano Eudes, el Cantor



del Delta. Entretanto, yo practicaba con óleo y pinceles, con inventos de cine, con libros.

Los libros pero también la luz eléctrica, introducida por allá, en 1950. Las radionovelas y las lecturas: todo lo que me dejaría ahora la tercera orilla del gran río: el mundo de lo posible, de lo real convertido en palabras, de la ficción.

Tenía once años y descubrí simultáneamente las aventuras de Tamakún y el melodrama radial, junto a Shakespeare y a Freud y a Julio Verne. Entendía poco, imaginaba más. Sin darme cuenta había comenzado a adaptar esos argumentos a la realidad –que entonces me parecía muy pobre- de San Rafael de Manamo. Debo haber colocado al fantasma visto por Hamlet en el barranco, a un encapuchado en el fondo de mi casa, al *Nautilo* del otro lado del río. Paradójicamente, así se hacía fácil narrar cosas de mis tíos y de parejas de enamorados locales como si vivieran en tierras exóticas. El azar me trae en este momento el nombre de Lorna Doone. ¿Quién era? ¿Por qué puse su nombre a una perrita de mi

casa? Sólo casi cincuenta años después vuelvo a encontrar en Salamanca la edición que consulté en San Rafael: Lorna Doone, *A romance of Exmoor,* escrita por Richard Doddridge Blankmore (1825-1900).

II

Las clases de Historia recibidas en la escuela y aquellos libros (tantos para un niño de once años: porque tres personas del pueblo guardaban cajas con libros: yo lograba que me los prestaran) guiaban mi deseo y mi confusión. Atendía a todo y todo era real en el mismo nivel. Por ejemplo, el caballero con capa y cuello de encajes era un guerrero en el único tomo que llegué a ver de *El Tesoro de la Juventud*. Soldado y amante de la reina. Aventurero y poeta, Walter Raleigh. Con ese mismo traje ajustado, con su espada y una nave había pasado casi quinientos años antes frente a mi casa. El llamaba Amana lo que probablemente nosotros designamos hoy como Manamo.

Aunque en carnavales acostumbraba a disfrazarme de negro (yo quería ser negro), porque el prestigio peligroso y sexual de los trinitarios entusiasmaba a los muchachos del lugar, debo haberme disfrazado también alguna vez de caballero. Dicho de otro modo, yo era un poco el aventurero Raleigh, que pertenecía a los libros.

Mucho después iba a admirar su vida compleja, su valor y sobre todo sus Diarios. Pero con él tuve curiosidad por aquellos hombres que, perdidos en el tiempo, habían pasado frente a mi casa. Debo a un amigo, Gonzalo Moreno, informaciones raras y fantásticas, de tan exactas, sobre mi propio caño. Por ejemplo, la presencia de submarinos alemanes en nuestras aguas durante la II Guerra. Así explicaba él algunos comentarios de pescadores remotos, que le decían haber visto a un monstruo de inmensos ojos verdes, bajo las aguas, por las noches.

Pero si Raleigh pasaba frente a mi casa en 1951, si su hijo moría cerca de los castillos, Américo Vespuci se había acercado a las puertas del Delta en 1499 y Colón mismo el 2 de agosto de 1498. Son memorables las frases del Almirantes: “Creo que allí es el paraíso terrenal, a donde no puede llegar nadie… Las señales son conforme que jamás yo leí no oí tanta cantidad de agua dulce fuese vecina con la salada… No creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo…”

Curiosamente, para ser alguien que disponía de la precisión

del idioma inglés, Raleigh aturdía su prosa (porque rememora desde Inglaterra en 1596) como si las bocas, las islas, las olas y las costas sinuosas guiaran (confundieran) su pluma. A veces resulta difícil encontrar la sintaxis, la concordancia, que ondula. Escuchemos: "Hubiéramos errado durante un año completo en ese laberinto de ríos, donde no hemos podido hallar ninguna vía, ni de entrada ni de salida, especialmente después que pasamos el reflujo y el flujo, que duró cuatro días. Porque yo sé que en toda la tierra no se produce parecida confluencia de corrientes y ramales, unas cruzan a los otros tantas veces, y además son tan hermosos y largos, y parecidos unos al otro, que ningún hombre puede decir cuál elegir; y cuando nos guiábamos por el sol o por el compás, esperando poder ir por una vía o la otra, sin embargo ésa nos llevaba en círculos entre la multitud de islas, y cada isla estaba bordeada de árboles altos, y ningún hombre podía ver más allá de la anchura del río o del largo del rompeolas" (Diarios).

No puedo detenerme en ellos ni nombrar a todos los viajeros que soñaron, recorrieron o han descrito a mi propio río. Juan de Castellanos, Matías de Tapia (con frases que me hacen pensar en la prosa de Milagros Mata Gil: "Mudo lamento de la vastísima y numerosa gentilidad que habita las dilatadas márgenes del caudaloso Orinoco"), Humboldt, Robert Dudley, Nicolás Federman, Loefling, discípulo de Linneo, Stedman, Beauperthuy, Codazzi, Creavaux, Chaffanjon, Depons, Ernst, Gestacker, Koch-Grunberg, Cruxent, Jahn, Pittier, Torrealba, Vila, Elizabeth Burgos, Carmen Boullosa, Silda Cordoliani, Gustavo Guerrero, Luis Gal, Josu Landa, Adolfo Castañon. La lista es impresionante y la detengo.

Pero cito al inolvidable José Gumilla, de 1740, y a Stanko Vraz en los finales del XIX. Dice el primero: "Ya que se vino la pluma, casi de su propio peso, a las riberas de Orinoco… Y así quedamos en un perpetuo estío, tanto más fogoso cuanto más apartados de las cumbres nevadas" *(El Orinoco ilustrado),* y Enrique Stanko Vraz, checo, que quiso hacerse venezolano al conocer el río, anota en su travesía en 1889, cómo un baile en Ciudad Bolívar es regido por flores de la noche, por la "flor de baile" que despierta de su *momento morí* para irradiar sensualidad y misterio, para lograr su plenitud a medianoche, como el baile y la sexualidad implícita, hasta cerrarse, estéril, al amanecer. *(A través de la América ecuatorial)*.

Cierro este recorrido del pasado evocando a dos autores que nunca pisaron las tierras de América. Uno de ellos elevó su fama de cartógrafo y erudito durante siglos. Es Joannes de Laet (1582), el holandés, cuyo trabajo enciclopédico, *Nuevo mundo o descripción de las Indias occidentales,* 1625, no sólo resume cuanto se sabía acerca de América en aquel tiempo, sino que discute uno que otro asunto geográfico, como cuando se interroga sobre el comentario de que el Orinoco y el Turmeque sean un mismo río. Curioso tópico, que va a desencadenar cientos de años más tarde, sin que tal vez el escritor francés conociera este dato, el tema de una novela de Julio Verne.

Al otro, Verne, claro está, todos lo conocen. Las maravillas, establecidas en remotas fábulas chinas, en *La odisea,* en la *Utopía* de Jambulo, en *Las maravillas de Thule* de Antonio Diógenes, se sintetizan con Julio Verne en esos tópicos milenarios: la adivinación del porvenir, la reconsideración de lo que el pasado construyó como porvenir.

Poco antes de que Freud hiciera descender sobre la humanidad algunos de sus descubrimientos esenciales, Julio Verne lanzó al hombre hacía territorios sólo explorados por el inconsciente: la lejanía inalcanzable, el espacio estelar, el mundo subterráneo, submarino. *El soberbio Orinoco* su irregular y un tanto cansada novela, cumple su sueño de estar en el Orinoco. Lo cual me devuelve a aquella extraña expresión de mi infancia: el río estaba conmigo, pero también era remoto, inalcanzable.

III

Ahora quiero relacionar a la "literatura en estado de pureza" como hubiera dicho Alfonso Reyes, con el Orinoco. Acabo de mencionar a Julio Verne, quien atacado por su "demonio de la hidrografía" se dice a sí mismo que el río venezolano atrae a los franceses. Y a toda Europa, aunque sea *El soberbio Orinoco* la pieza con que la ficción se apodere por completo del gran río.

Ya por estas riberas, es imprescindible señalar a *Canaima,* drama escalofriante en el cual la insania humana parece ser comparada con los poderes terribles de la selva y el río. A mi gusto, el símbolo que quiso crear Gallegos se ha debilitado ante la actual situación del planeta: no es la selva y su poder lo que nos destruye o condena hoy. Es ese misterio y horror de la selva virgen lo que debemos respetar para persistir en el planeta.

En su ensayo *Orinoco,* tal vez de 1947, Enrique Bernardo Nuñez sigue las huellas que llevan hacia Manoa, El Dorado, según el deslumbrado Raleigh y los mapas de Mercathor. Vislumbra el

renombre del río en el *Othello* de Shakespeare y cita los versos de Milton en *El paraíso perdido:* "Tierras aún sin saquear, cuya gran ciudad los hijos de Geryon llaman El Dorado…" ¿No guardan las imágenes convocadas por escritores y artistas de ese tiempo una íntima sujeción a los grabados De Brey, donde los hombres tienen ojos en los hombros y bocas en el pecho, son transparentes o inmortales?

La actual narrativa venezolana posee dos nombres cuyo trabajo transcurre desde las márgenes (reales o imaginarias) del río: Humberto Mata y Silda Cordoliani. Sensibilidades opuestas-estilo solar en Mata, inquietantes asociaciones sobre lo inmediato y el destino, desde percepciones de mujeres, en Cordoliani- ambos otorgan al cuento en Venezuela páginas memorables.

El número de poetas nacidos en las tierras del Orinoco es nutrido.

Guillermo Sucre, voz mayor de la poesía y el ensayo, ha dedicado conmovedores momentos a la presencia del río. En él estarán los orígenes de una imaginación instintiva, de un sentimiento de la luz y la lujuria visual, intensísimos, que conducen la lírica del autor, momentos que también en esa obra son contrastados, dolorosamente, por el desarraigo y el odio. Citemos de manera muy breve un poema de *En el verano cada palabra respira en el verano:*

> *Todo empieza en una ciudad y un río reverberando sobre una roca… Sabe que algún día ya no estaría allí. Tiene ahora catorce años y todo lo ha perdido. Quiere fijar la luz, tansparentar el río. No se conoce ese aire o esa luz para sobrevivirlos. Esa piel de las piedras, cálida, ya no volverá a tocarla. Levanta la mirada. Un rostro ya tostado por el sol, ya también absorto. Un dios. Lo siente. Hay un dios con él. O hay un dios que es él, que está en él. Solitario y hostil. Un adolescente que conoce la muerte.*

Si pudiera aplicar aquella experiencia personal con que inicié estas páginas –la sensación de que nuestros gestos, la vida misma y, por tanto lo que se escribe, sólo tiene como misión dar testimonio de aquello que nos ve vivir (la naturaleza, el río en este caso, la cadena de los sucesos)- insistiría en que el río ha lanzado al poeta Guillermo Sucre hacia una expectativa metafísica: el río es el dios que permite al adolescente creerse un dios, un perplejo, "solitario y hostil".

Una vivencia muy diferente nos entrega el otro gran poeta contemporáneo del Orinoco. Luis García Morales en *El río siempre* cambia de edad (es niño, es hombre; cambia de naturaleza, es caballo, es agua) y recorre con mirada carnal ese "libro de imágenes que nunca fueron" o que somos nosotros.

Para García Morales el río es vital, fascinante, móvil: un Orinoco de alma momentánea, de misteriosa fuerza celestial: En el "bronce azul" encuentra "la mano que mueve los oscuros mandalas de la sangre" y en él está nuestra ruta, la "identidad de su transparencia".

IV

Párrafo tras párrafo he tratado de revelar aquí lo que mi trato con las aguas convirtió en existencia. Soy la huella de la maravilla y el horror orinoquense, soy su reflejo, pero sobre todo un intento de conciencia acerca de lo que el río me otorgó, entregó, me quitó.

Haber nacido en el paraíso, tan inaccesible para Colón, quizá haya sido, quizá sea, me digo a veces, la clave para entender por qué he recibido tanta felicidad, tantas alegrías y compensaciones. El río es mi talismán contra el dolor y la incomprensión. No sólo amo al Orinoco. También a las grandes ciudades. Pero prefiero aquellas que me reciben con las aguas de sus ríos: Pittsburgh, Salamanca, New York, Viena. Y también los ríos que circulan por la literatura, de los cuales no voy a hablar aquí.

Dije al comienzo que ignoro cómo fui acercándome a la escritura. Tampoco sé cómo la imagen, el tema del río invadió mis textos. Tal vez coloqué el fantasma de Hamlet junto al barranco –en un cuento precoz- para que el río adquiriese interés: era demasiado común.

Pero inexorablemente sus aguas cobraron espacio en la primera novela que publiqué, *Marzo anterior,* y que escribí a partir de los 19 años. Después, han estado presentes como objeto de la narración, y soy sincero al decirlo, bajo la forma de frases desconcertantes –aun para mí- con que trato de percibir, definir mi relación apasionada con el río.

Antes de los 40 años titulé *D* a otra novela, como homenaje al paisaje que me hace vivir: el Delta del Orinoco.

Entre ríos

Kary Cerda

Unta el Paraná
su piel de barro
sobre el deseo abierto de la tierra

Hay ansia de llegar a lo más hondo
al fondo
al corazón de la palabra
para arrancarle de cuajo su silencio

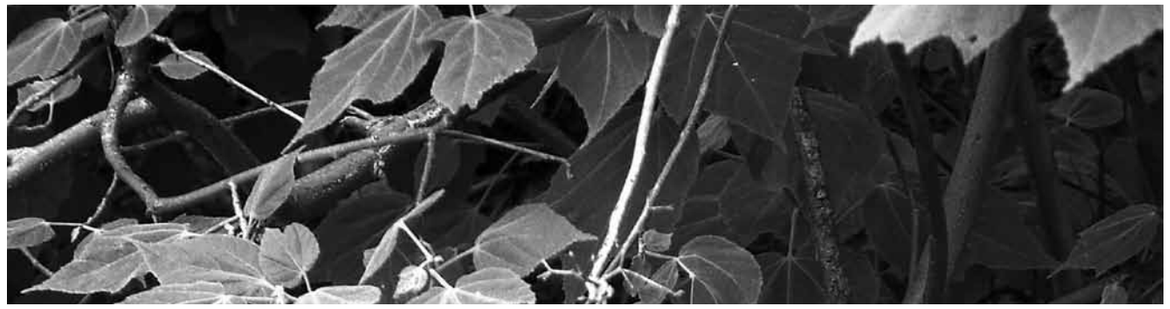
IGUAZÚ

Pareciera cada gota
de tu cuerpo inmensísimo
de agua
flotar ensimismada
con destino preciso

Y deslumbrada vivir
el gozo colosal
del abandono

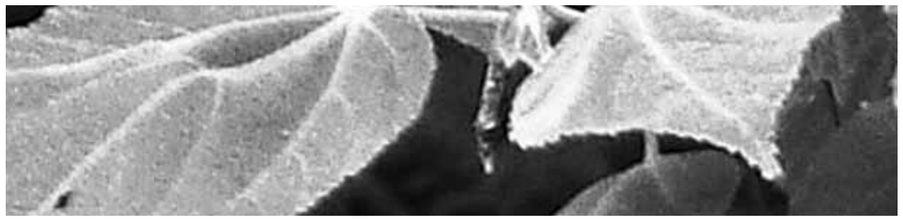
Canto tallado hacia dentro

Andrés Cisneros de la Cruz



I

En la palabra Muerte no caben todas las muertes
ni todos los cuerpos en Lápida.
La palabra Río guarda toda el agua de los ríos,
apuntó algún ficcionista. Fue una mala historia.
Al final del día es necesario inventar palabras,
o al menos deformar algunas. Si dices: río, es mentira.
El ahora es diferente. Lo que existe es incontenible,
se quedan cortos los dedos, la tilde sobre las grafías,
las uñas en los glifos alcanzan sólo a rasguñar los cristales
de la materia, y lo más que se logra es reducir en una copa
a la noche como tinto dentro de una palabra.

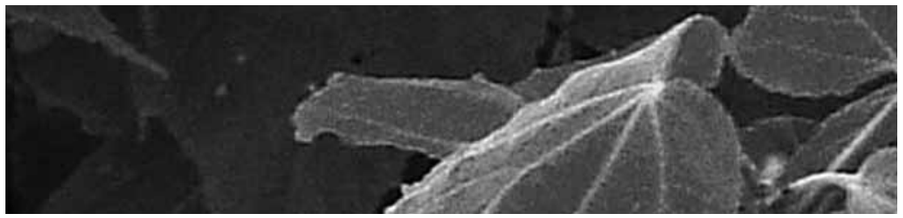


II

Nada cabe en la palabra Río.
Ni tiene fronteras su frenético cause.
Igual que Muerte intenta deshacerse de la muerte

cada vez alguien la pronuncia,
se quedan cortas las palabras. Y el río empuja las piedras
que le contienen; los adoquines en sus orillas.
Los costales de grava se vuelven diminutos sacos
de una gramática insuficiente, para retener
el agua cargada de todas las cosas que *no se dicen,*
de todo lo que en un remolino no cabe,
de aquello que no alcanzó a decir un chiquillo
antes de ser arrastrado por la corriente que se precipita
y desborda. Nadie logra decirlo. Ningún número
conseguirá contar lo que se pierde en la enredadera
de las posibilidades.

Las letras se aferran al vacío que ocupan,
al espacio, para encerrar con los barrotes de su grafía,
el nido de lo tangible. Tratan de cultivar el agua,
con errónea bravura, pero a veces, vale la pena quedarse callado,
y destruir con el ruido silencioso de la página blanca
la insistencia cavilante de las letras: parvada de mirtos,
escucha, mejor será que te hundas en la grifa del mar.
Mejor vuelve al centro de un jardín, idéntico a una flor,
a nuestra boca lo mismo que un beso, para que el día retorne
inesperado y húmedo, como la primera vez
que algo se fue de nuestro control. Igual que la vez primera
que vimos la espalda de nuestra madre, alejándose,
para no volver a mirar su rostro. Respira profundo
y siente, cómo se elevan tus lágrimas.



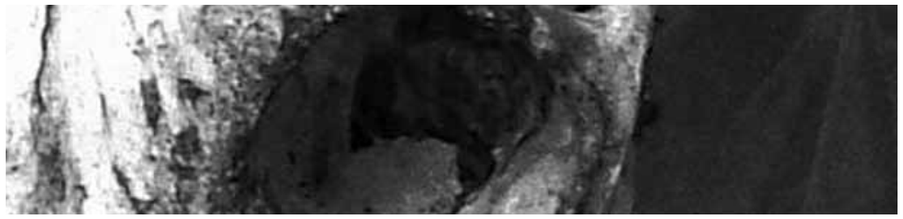
III

Si tienes la verdad en un puño, arroja esa piedra al río.
Unos quieren meter absolutamente todo en Esperanza,
y realizan largas procesiones, multitud de inmolados cuerpos,
para llenar esta palabra tan flexible como el vientre de una perra.

Llenan la palabra Libertad con escaparates luminosos; tres caminos
para llegar al mismo cielo. Parece que aquí nadie se ha percatado
de que no existe izquierda o derecha, únicamente un centro que devora
cada trino, cada ser. Fantástico sería encajar el mapa entero de este terruño
en la palabra México: aunque es demasiado minúscula para la cantidad de majada,
que quizá en Universo mejor cabría. Pero también le queda chica;
no puede meterse ahí tanta infinidad de razas. Tendríamos que ajustar
una palabra más suelta, más gorda. Dicen que todo se cuadra en un huevo.
Pero tantos "reyes" no saben vivir juntos a la fuerza en palabras tan cortas;
México, Libertad, Esperanza, Universo, son insuficientes
para esta bota americana en donde ya nadie cabe.
Y esto es un buen principio para todos,
los que desde afuera, empezamos a construir hacia dentro.

IV

Por las manchas que veo en mi pupila,
puedo saber que mis ancestros fueron asesinos.
Por lo que alcanzo a ver en mis ojos, sé que mis abuelos fueron asesinos.
Por las líneas en mis manos advierto, que mis padres torturaron
a innumerables familias. Alcanzo a distinguirlo en el color de mi piel.
Recuerdo que mis abuelos violaron a mis abuelas,
y que mis abuelas criaron a los padres de los que presiden.
Volteo hacia atrás y toco en galerías edificadas de luz
la sangre con que hemos cantado esta matanza.
Un canto melancólico y triste, sumiso;
una falsa elegía. Canto hecho para perpetuar
los golpes que abollan, a manera de cuerpo, la mente.
Cómo resarcir y regresar las cabezas que de su sitio arrancaron
mis abuelos, mis abuelas. Trato de resarcirlo todo,
pero no tengo tiempo, sólo un instante. Y no me alcanza
para revertir tanto idioma bruto, tanta falacia vuelta castillo,
no me alcanza el aire para resistir contra tan elevado estiércol,
sin embargo en cada paso respiro, y sé mis pulmones son
el taladro del viento, que devasta la piedra y las ruinas de lo creado.



V

Es momento que desandemos algunos caminos.
Revertir un poco el daño. Porque por mucho que la realidad
imite a la palabra, siempre hay un día que el río no diluye más sangre.
Lento caminamos a donde comenzó la vida, mientras
sólo avanza el río, para volverse una tormenta
para desbordar los bloques del significado
y arrancarse el propio nombre de la boca. Cuando ocurra
vendrán los deltas del cauce y cortarán la cabeza de las naciones.

No digamos: conócete para ganar cien batallas.
Hablemos de una declaración de principios. Afuera están
los que quieren domar un río bravo, y lo espesan con retórica.
No buscan hacer la guerra, sólo quieren ganar las mil batallas.
Habrá que decidir a quién vencemos. Si al abuelo asesino,
o al odio de una madre. Adentro, en los cañones, en nuestras barrancas,
de cualquier modo, la declaración de guerra gira. Primero
hay que retirar los términos inútiles de la boca, dejar de *expandir el camino*.
Volvernos infantes para poner sobre la aureola de nuestros labios
la *exnema,* la *abnuma,* y comprobar que hacia dentro es otra la historia,
donde no reine un corazón de fuego y los pájaros sean más líquidos,
no una hoguera bruta; donde la palabra Presa, que se había alzado
con pilas altísimas de cadáveres, igual que una frontera que se construye
con rejas, diccionarios, discursos, con largas filas de adjetivos, con aplausos,
con fantasmas o haches, con zetas, con dardos somníferos o balas,
con acentos tácitos, elogios, con miedo, con rabia, castigos,
con tanto coraje, se desplome.

Empezaremos a construir túneles,
para escuchar cómo el viento esculpe un canto hacia el fondo,
cómo el agua entretejida del río borra por dentro el alma,
y vuelve inservibles las claves, los códigos: Libertad, Sueño, Utopía,
no serán condición. Devendrán los días en infinito

y se repartirá el cadáver del Tiempo.
Los que sepan arriesgarse con una extraña en la vereda
se harán presentes. Yo diré Arbora, pero cada ser puede
inventar su propia palabra;
gitonfa, fanufa, refiña, astrada, tuina, corilfa, axtiñia, axiasta,
y Mártir, Verdugo, Eterno, Cárcel, Frontera,
serán parte de nuestra escritura antigua.

Cuando tengas la palabra, será decisivo que con valor,
puedas lanzar esta piedra en la redonda matriz del agua.

Canto sola a la luz

Alicia García Bergua

Canto a la luz que llega
mientras estoy dormida,
a su influjo que me vuelve
continua
una vez que despierto.

Canto a la que adivina que
también soy un río
que avanza por las noches
entre escollos y piedras;
a mediodía reúne, los colores
y nieblas,
hace olvidar lo oscuro.

Acerca de ríos, esquemas y ciudades

Francesca Gargallo Celentani

Cuando yo era muy joven era tendencialmente esquemática. Me niego a decir "como todas las niñas", porque ya siendo mayor conocí a muchas niñas que de esquemático no tienen nada. A mí me decían "animales" y se me figuraba de inmediato la población del establo: burro, caballo, oveja; la del corral: gallina, guajolote; y la de la casa: gato, perro. En Rigilifi, rancho donde se construían todas mis fantasías, no había vacas, así que si me decían "animales" yo jamás me figuraba una vaca. Sólo hasta los libros de primaria, porque tenían dibujos, pensé que animales significaba también elefantes, jirafas, jaguares, dromedarios, leones, linces, toros. A los pobres peces, que conocí muertos en las bancas de los pescadores del puerto chico de Siracusa, de niña nunca los consideré animales. Sólo muchos años después, en otro continente y otra lengua, conocí a niñas a las que si le dices "animales" te contestan con un tratado de ecología.

A mí la tendencia esquemática me acompañó hasta la adolescencia. Y alrededor de los 6 años, junto con los libros de primaria empecé a conocer las ciudades, más bien las ciudades y los puertos. A las primeras las cruzaba un río, los segundos tenían mar. Eran ciudades Roma, Florencia, que conocí a los 9 años, y París, que conocí a los 11. Y estaban asociadas a ríos: Tíber, Arno, Sena. Los ríos dividen las ciudades en dos y son, dependiendo de las emociones del día, heridas de agua, venas, compañeros de la propia melancolía, paisajes en cuyas orillas la ciudad se desdibuja, las cañas crecen, el campo llega húmedo y frondoso hasta la tienda del orfebre, el cine, la universidad. El Arno es más rápido que el Tíber que es amarillo (rubio, le dicen los romanos que son muy gráficos y sucio, le dicen todos los demás). El Sena es más ancho que los otros dos juntos.

Entonces, por supuesto, Siracusa, Nápoles y Atenas no eran ciudades, eran puertos: no tenían ríos. Sus aguas se llamaban Marina Grande y Marina Chica (el puerto del barco que iba a Malta y el puerto de los peces muertos, para entender a la niña esquemática) o eran el Golfo de Nápoles (y sobre esta imagen la niña esquemática se volvía ridículamente romántica y suspiraba porque estaba convencida que no podía existir al mundo otro panorama más bello) o El Pireo que no tenía ni lejanamente algo que ver con el monstruo que es hoy (si una

imagen sirve para fijar una idea sobre el paso del tiempo, cuando yo era niña los niños se bañaban aún en El Pireo).

Ese esquema me duró mientras viví en Europa, y me ayudó también en Turquía. Estambul, Marsella y Dubrovnich son puertos; Londres es ciudad, su río se llama Tamesis (pero lo conocí siendo ya más que adolescente y no me interesó mucho); el río Sava cruza Belgrado y a su derecha, frente a la fortaleza Kalemegdan, va a confluir en el Danubio, un río tan grande que hace que un montón de países sean dignos de tener ciudades. Budapest, sin embargo, es la ciudad que asocio al Danubio, bella una (en realidad dos, según sus orillas: Buda y Pest) como el otro.

El río Sava también cruza Zagreb, una ciudad más adusta y triste que Belgrado; está habitada por otros eslavos, los croatas, que a veces creen ser descendientes de los persas y otras de los godos. En Zagreb vivían amigos de mi abuela y era una ciudad tan tranquila donde a las niñas nos dejaban salir a la calle hasta de noche. Llegábamos a orillas del río Sava y regresábamos a casa, caminando en el frío. El día después los amigos de mi abuela nos ofrecían en el almuerzo un delicioso pescado de río, el esturión, que según mi esquema era tan poco animal que me lo podía comer sin sentirme culpable por haber hecho sufrir a alguien para alimentarme.

Los ríos siempre me han hecho fantasear, aun cuando era esquemática. Creo haber conocido más ríos que los que conozco. El Rhein o Rin, por ejemplo, para mí es tan mítico que nunca sé si realmente estuve en sus ciudades. Su mismo significado es fluir (por lo menos eso es lo que me dijeron que significaba en una antigua lengua celta). El limes del imperio romano, el lugar del tesoro de los nibelungos, eso es el Rin, ¿qué importancia tiene frente a ello la ciudad de Basilea?

Igualmente, nunca imaginé que el río Amarillo de China, el Huang He o Yangtsé o Hwang-ho, dependiendo de si el libro es nuevo o viejo, no fuera amarillo en realidad, sino un serio, inmenso fluir de aguas que recorre ciudades húmedas y entrañables, madres de culturas y nodrizas de campos, donde sin embargo más de un centenar de personas al año van a suicidarse. Cuando las conocí esas ciudades ya estaban a punto de morir, como Lanzhou o la pujante Shangai de su delta, por mano de los proyectos de modernización del único país capitalista que insiste en llamarse socialista y que ha inventado el más feo oxímoron del lenguaje político: Socialismo de Mercado.

Sentadas en un barco que tomamos cerca del mercado tradicional de Nanjing, la antigua capital de invierno donde los aristocráticos oficiales japoneses durante la Segunda Guerra Mundial probaban el filo de sus espadas cortando cabezas de trabajadores chinos, dejándonos ir en una tarde de agosto cuando el calor era tal que nos mareaba, mi hija Helena y yo escuchamos la historia del Canal fluvial más antiguo del mundo por boca de un remero del Yangtsé.

Quién sabe qué lengua era aquella en que nos la contó, porque no hablábamos ni mandarín ni cantonés ni ninguna de las lenguas de China y los chinos hablan pocas lenguas occidentales, pero más o menos entendimos que cuando Europa contaba con poco menos de 5 millones de habitantes, en China tres millones de personas trabajaron para construir el canal más largo del mundo, el que daría agua a sus campos y rutas fluviales a los barcos del imperio. Era el final de una época tan antigua que se llamaba Período de las Primaveras y los Otoños, aproximadamente entre los siglos VII a IV de la era precristiana de Occidente. Entonces Fuchai, el emperador del país de Wu (donde ahora se gangrena por el smog la ciudad de Suzhou), se aventuró al norte para

conquistar el vecino reino de Qi. Ordenó a sus súbditos, mujeres y hombres, viejos, niños y adultos, además que a las personas que iba esclavizando conforme avanzaban sus guerras, que construyeran un canal para enviar amplios suministros al norte, en caso de que sus fuerzas debieran participar en más guerras contra los países de Song y de Lu. Así nació el Han Gou, o conducto del país de Han.

Las obras comenzaron por el año del consulado de Viscelino y Rutilio, según el calendario prejuliano romano, en el año de las minas de Daurión en Grecia, es decir aproximadamente el año en que Siddarta se convertía en Buda o

Iluminado al despertar completamente a la vida espiritual (aunque según otras cuentas fue el año de su muerte). Era poco antes de la muerte de Confucio y poco después de la fundación de la república en Roma, cuando la cultura de Tene se desarrollaba en Europa central y la civilización olmeca entraba en declive, cuando los persas empezaban a molestar a los griegos obligándolos a derrotarlos en Salamina, Cartago era la perla del Mediterráneo, nacía Heródoto y Empédocles de Agrigento era niño. En fin era el año en que los binizaa erigían la primera Monte Albán, los mayas se agrupaban en lo que hoy es Belice, Fuchai se fue a Qi y los sabios de su reino desarrollaron una matemática a partir de los relojes de sol que puede resumirse en este concepto filosófico: "Una persona gana conocimiento mediante la analogía, esto es: tras la comprensión de una línea particular de argumentación se pueden inferir varios tipos de razonamientos similares. Cualquiera puede inferir sobre otros casos para generalizar, en realidad para saber cómo calcular. Ser capaz de deducir y después generalizar es la marca que identifica a una persona inteligente".

Era el 486 antes de la era cristiana, cuando al sur de Yangzhou se inició la construcción de un río artificial, ese Han Gou del que nos hablaba nuestro remero. Conectaría el Yangtsé sobre el que descansaba el barco dentro del cual descansaban nuestro miembros agotados por el calor de ese agosto chino de hace seis años con el río Huai, utilizando cursos de agua existentes, lagos y pantanos. Hoy, el Han Gou es la sección más antigua del último Gran Canal, aunque hay quien dice que el Hong Gou o Canal de la Cuna le precedió, uniendo nuestro apacible río Amarillo con los ríos Sí y Bian.

En los vahos del calor fluvial, pensé de forma muy poco esquemática (pero, bueno, acababa de cumplir 50 años y la humedad aturde) que construir un río ha de hacer sentir dios a un rey. No es casual que el historiador Sima Qian, tres siglos después, hiciera remontar esa labor al mitológico emperador Yu el Grande, al que se le atribuyen también las cuentas calendáricas y la medicina, el arte de gobernar y la agricultura.

Era de noche cuando nuestro remero encendió un motor fuera de borda y volvimos a Nanjing. Se veían pocas estrellas porque la contaminación recubre el cielo de toda ciudad china, aún de la bellísima capital de los emperadores de la dinastía Wu, pero la noche no dejaba de ser grandiosa por la presencia sagrada del Yangtsé.

Pero volvamos a la niña, y a la medio boba adolescente que le sobrevino, dejando para después a la madre enamorada e inteligente que fui hace seis años. El esquema de Ciudad igual Río, Puerto igual Mar, me lo rompió América, el nuevo mundo, el territorio de la Modernidad como sinónimo de devastación, colonialidad y esclavitud. Llegué a América a los 21 años, cuando mi adolescencia agonizaba y mi juventud todavía era más activa que brillante.

Cierto es que muchas ciudades estadounidenses son cruzadas por ríos enormes y arbolados que le dan motivo de ser. Sus nombres son sonoros como tuvieron que serlo las lenguas de los pueblos que los nombraron: el Potomac es la madre acuática de Washington, porque por sus aguas bajaban los troncos que se cortaban río arriba y eran comercializados por los colonos esclavistas que vivían en la llanura; el Misisipi, las Grandes Aguas en lengua ojibwa, era también llamado Meschacebé, o Padre de las Aguas; cruza Minnesota, Wisconsin, Iowa, Illinois, Misuri, Kentucky, Arkansas, Tennessee, Misisipi y Luisiana, siendo muy diferente su cruce por Memphis, Minneapolis, Cairo y Nueva Orleans. Siempre me quedé con la idea que su ciudad preferida, sin embargo, fue la mítica Cahoquia, donde los misisipianos (¿antepasados de los Siux, los Natchez, los Illiwinek, los Osage?) construyeron durante

más de quinientos años, entre el siglo X y el XV, 109 túmulos o plataformas con casas, tumbas, templos hasta que un día agotaron los animales y los pastizales de los alrededores y se desplazaron a otro lado.

De acuerdo, había ciudades y ríos también en América, no lo niego. Pero para mí América fue y sigue siendo sobre todo México, los desiertos de su revolución tan traicionada como gloriosa, su ciudad-laguna resecada, las planicies cársicas de Yucatán, la estremecedora grandeza de Oaxaca.

Y, ay mamita, en México las ciudades no tienen ríos.

No sólo: hace 35 años, la primera vez que llegué al Distrito Federal, después de cruzar Monterrey, Zacatecas y Guadalajara, alguien (seguramente un taxista, son los taxistas los seres humanos que dicen las cosas más inverosímiles) me explicó que en la Ciudad de México los ríos hoy son calles, camellones, viaductos porque han sido entubados, resecados, desviados para dar paso al Progreso. Sí, Progreso, así: con P mayúscula.

El aire de la ciudad era seco. Contaminado. Irrespirable. La culpable según alguien (ya definido con el nombre genérico de "los taxistas") era una cosa llamada Pemex, que luego me enteraría significa Petróleos Mexicanos, la gran empresa estatal que hizo creer por 60 años a las y los mexicanos que eran o podían ser, de no haber tanta corrupción en las cúpulas de su gobierno, ricos. Ricos con R mayúscula. Sí, según los taxistas, Pemex era la responsable de absolutamente todo: la riqueza a portada de mano que se escapa, el abandono del campo, la contaminación, el orgullo nacional, la derrota de las petroleras gringas, la corrupción. No suelo creerles totalmente a los taxistas, aunque sean mis informantes primeros cuando llego a una ciudad nueva: pronto me di cuenta que la culpable de esa contaminación era claramente la desaparición de los ríos de la Ciudad de México.

En los últimos 95 años, en efecto, la Ciudad de México ha perdido los 70 ríos que en 1519 terminaban en el gran lago de México Tenochtitlan y que le habían sobrevivido. Debido al crecimiento urbano fueron transformándose en drenajes de aguas residuales; de ahí que a alguien (no a un taxista, sino al arquitecto Carlos Contreras) se le ocurrió que para resolver el problema de insalubridad que representaban los ríos convertidos en cloacas lo ideal era edificar sobre ellos una vía para el transporte. Los ríos de la Piedad, Consulado y La Verónica se transformaron en el Viaducto Miguel Alemán en 1952.

Luego los urbanistas fueron presa de una fiebre encubridora. De pronto fue imposible ir en trajinera de Xochimilco a La Merced, en el centro de la ciudad, pues el Canal de la Viga dejó de ser un recaudador de lluvias para transformarse en un lecho de asfalto. El río Mixcoac, la totalidad del río Churubusco y parte del río Magdalena desaparecieron de la vista de los capitalinos antes de la década de 1970 para evitar los miasmas de los desagües. Hoy el odio por el placer de las aguas abiertas, contra toda razón ecológica, persiste: ya en el siglo XXI, se acaban de entubar partes del San Rafael, el Ameca, el río de los Remedios, el Hondo y el Tlalnepantla.

Sin embargo… ¿Cómo derrotar a la niña esquemática cuando empieza a hacer asociaciones? Las ciudades (es decir los conglomerados urbanos cruzados por un río) siempre me parecieron más verdes que los puertos. Ergo, entre ríos y parques públicos hay un nexo. Setenta ríos que bajaban a un gran lago, aunque asicado por motivos que iban de la urgencia de hacer perder memoria al control de las inundaciones, del cambio de diseño arquitectónico al mal aprovechamiento de las aguas; setenta ríos que se enfrentaron a una visión urbanística que decretó su muerte; setenta ríos tuvieron que alimentar el aire y el suelo de muchos parques y jardines, bosques, milpas y chinampas. No, si el Progreso (esa entelequia que se escribe con P mayúscula y se alía con vergonzosa facilidad con urbanistas y demagogos, constructores y alcaldes, ecocidas e higienistas frenéticos) quiere entubarnos más ríos, yo quiero más purificación de agua, mejoramiento del clima, devoluciones al acuífero y tiempo para pasear cerca de cañas. Alguien (no un taxista, sino un periodista) me dijo que

en Seúl ya tumbaron una supervía rápida para desentumbar un río. Al parecer la gente de por ahí no sólo empezó a vivir mejor, sino que hasta empezó a sonreír.

Río Grande

Rosa Gaytán

Siempre
hay un río que me cruza
Antonio
Deltoro

Estar contigo
era estar con mi padre
aprendiendo a nadar
entre sus brazos fuertes.

Junto a tu voz
la suya era un murmullo
que invitaba a probar
tu inmensidad indiferente.

Ustedes me enseñaron
a flotar, a abandonar el piso
en el que hacía muy poco
mis pies se habían plantado.

Cada día
enfrentaba mi intento ante tu fuerza,
sorprendida por tu aceptación:
luego a cada brazada fui tomando confianza.
Un día, ya nadie me sostuvo,

sentí mi cuerpo libre
entre tus aguas.

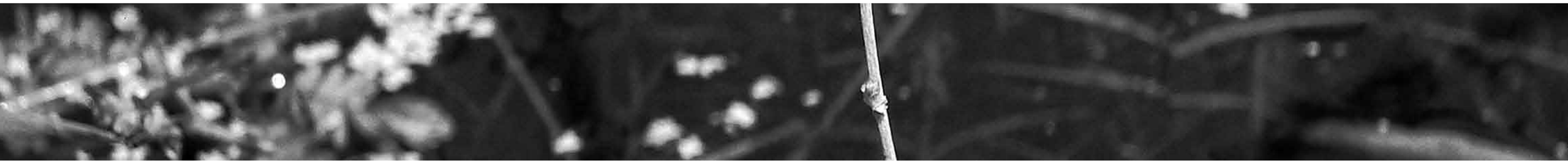
Adentrarme en tu corriente exigía
dejar todo en tu orilla como se dejan
la ropa y las sandalias.

Aún no lograba que nuestra entrega
fuera mutua cuando te encajonaron.
Perdí también aquel brazo tuyo
que asomaba la palma de su mano
en el pozo de la casa
y era el misterio más grande en nuestro patio.

Ahora sólo te tengo
en el rumor que traes a mi cama
en esta ciudad de ríos sepultados
y si te busco en la laguna que ahora eres
ya no pasas de largo como hacías:
vienes en olas a acariciar mis pies
y eres más mío.

Escenas del Río Colorado

Grissel Gómez Estrada



En una noche civilizada,
aves de rapiña
giraban en vuelo ciego;
el Río Colorado
sollozaba paz
y la urbe, hermosa,
lucía vestidos de luces,
accesorios de cemento y vidrio.

Todos estábamos ahí.
Y las manos.
Y tus ojos.
Y los ojos de él
me obsequiaban
todos sus recuerdos.
Yo lo amaba
por su cuerpo blanco
y exacto,
pero esa noche
tú explicabas a mis manos
esas canciones extranjeras:
«Oh, es tan bonita
esta mujer».

(Al fondo, las risas de todos
eran libélulas.)
Mis manos escuchaban
muy lejos de tu cuerpo
(guerra sucia, guerra limpia,
soldados muertos, invasiones:
estábamos en el país de la deshonra).
Y mis ojos te gritaban
y él estaba mirándome,
adivinaba hacia qué sortilegio se dirigía el viento
(cactos, veneno: ¿te has detenido
en los ojos de una serpiente?).

Y mis manos, esposadas a la montaña:
cueva, refugio,
pero tú me regalaste tres palabras
y una canción:
«Oh, es tan bonita esta mujer».
Y me llamaste
como llama el fuego a la carne,
me llamaste
como si mis manos fueran capaces de matar.
(El Río Colorado sollozaba paz
y todos tomaban ron.)

Las aves negras
me hicieron una seña,
pero dije «Soy honrada»,
porque él ya me había obsequiado
todos sus recuerdos.

El puente

José Ángel Leyva

Debajo de un puente asoma mi rostro
en manchas de agua en la corriente
Su oscuridad plateada recoge las luces de neón
Reflejos que juegan en el corcoveo del río
Caligrafía tan fina mueve los hilos de la infancia
Las manos de mi padre parecen remar desde el olvido
Las veo hacer sombras en muros y baldosas
saltar por las teclas de una Remington en vela
a lo largo y ancho de sus noches
Sus dedos corren largas distancias en las hojas
Pausas de ruido metálico en el margen
El Sena no es mi río ni París mi corazón
Estoy aquí de paso por la tierra
Un puente es uno más entre los días
No toco el agua con la mano
se van mis huesos y enseres por la orilla
Las manos de papá se alargan en el fondo
Bajo el puente sus uñas en blanco
parecen imágenes de cine
El cauce pasa sin lavar la cara de la edad
La mirada de arroyo a la mitad de una pregunta
en la Ciudad Luz donde navegan sombras
de una multitud que se retrata en botes o en las
márgenes
al pie de monumentos torres modernas y palacios
Se queda el vaho de mi voz sobre el espejo
del río que corre sin pausa y sin premura

Huracán (El de una sola pierna)

Maya Lima

Solamente había inmovilidad
y silencio en la oscuridad, (Popol Vuh)

Cuatro caminos cruzaban el borde del río encantado, río de sangre que tiñó mi vientre cuando *sólo había inmovilidad y silencio en la oscuridad*.

Rojo, negro, blanco, amarillo

El faro me llevó a ti, donde el viento arremolina cuando sale el sol, entonces los cuerpos como estandartes fueron estelas que descifraron el curso del tiempo.

Escribí el origen del mundo, di mi primer discurso y el mar y el cielo dieron el sí, quise agradecieras la vida dándote el habla, te formé del caracol carnívoro que descansaba en la memoria de una aplastante nube y filtré cada uno de tus recuerdos, colé la polvareda de tus sueños. Trague el tónico que me dejó amurallada, protegida del amanecer constante, así cuando los Dioses descendieron pude sortear sus peligrosas peticiones con mi escudo de coral.

Abierta al mar, cual caleta al pie del castillo, increíblemente así, anegada, observé una luz radiante que provenía de mi único pie, éste secretó, dejó pisadas luminosas que se encaminaban hacia la playa, las olas enfurecidas quisieron tragarse las huellas, pero finos hilos las ataron deteniéndolas por siempre a mis ojos.

Fuertes vientos y abundante lluvia se condensaron, me alimenté de tu cálido núcleo y perdí furia cuando penetraste mi tierra.

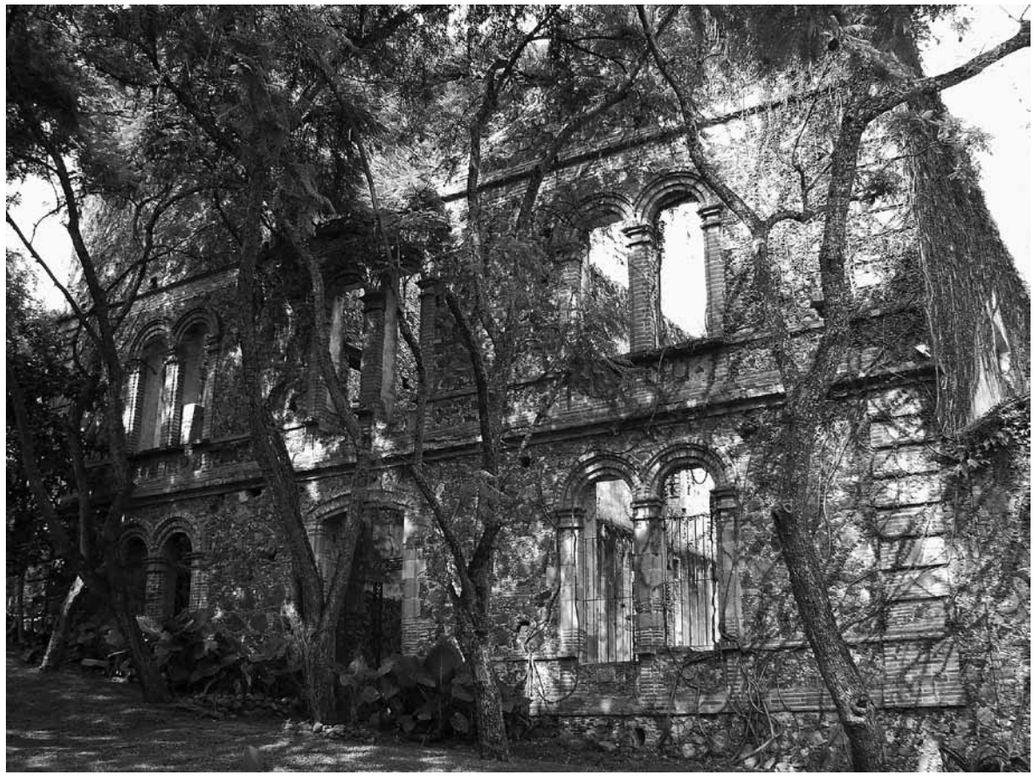
Una serie de columnas hacen de techumbre para la última estrella que se desvanece por el acantilado de tu espíritu.

Mi ojo se descubre

Al término de la tempestad se devela la amplitud donde tu cabeza florece y da frutos, ahora podemos dormir, aletargados por el cíclico torbellino que resuena en el infinito.

¿Hay algo que no hable del viejo río color león?

Sandra Lorenzano



Vestigios (fragmentos)

1.

Había un río. Un muelle. El sol que se reflejaba en el agua marrón. Los nombres prendidos con alfileres o atados con hilos resecos.
Olor de maderas enmohecidas. Humedad.
Hubo quizás cuerpos, quizás pieles tibias o abrazos.
Un muelle. Nada más lejano al calor pegajoso con el que soñaba cada noche.
Como otros sueñan con su propio rostro (lo han escrito ya demasiadas veces).
Dicen que el caracol que habita en su oído traicionó los principios. Dicen que tambaleante avanzaba por la orilla. Que se dormía acurrucado bajo las hojas que son tierra que son ceniza que son huesos.
Que son ceniza.

2.

¿Tendré que volver a hablar de naufragios? ¿De amaneceres blancos sobre el agua? ¿Tendré que contar una vez más que resuenan otras voces en su propio laberinto?

3.

Pero todo podría resumirse en unas pocas imágenes. Le resultan escurridizas, borrosas. El calor pegajoso. El olor del río por la mañana.
Hubo quizás cuerpos.
Ramas caídas. Los nombres prendidos con alfileres.
Alguien habló de rituales. Tal vez. Las palabras se inclinan hasta caer del lado de ese sueño que se repite. Cubierto de cenizas. El humo pertenece a otra escena. La pesadilla lo incorpora. Con el calor. La madera enmohecida.
Camina tambaleante. Su propio oído es la madeja de un bullicio ajeno. De los murmullos que van tejiendo las moscas de alas transparentes y suspiros estivales.

4.

Finalmente todo es parte de una misma historia.
También los sueños pegajosos. Los nombres atados con hilos resecos. Las moscas de alas transparentes.
Los huesos.
El humo que sube como si no pesaran el calor y el moho.
De una misma historia tambaleante. Que se inclina hasta caer por su costado. El de los murmullos.
Alguien habló de rituales. Si el calor no se pegara a la piel. Si los olores no llegaran desde el río. Si las moscas veneraran el silencio.

Contracanto de los mares

Jorge Manzanilla Pérez

Para Silvia López

Tú que repartes mi río en tus cántaros,
esto es agua y se pronuncia en arenas.
Hoy no te hablaré de las nubes que bajan a beber las sales,
en estas manos han pasado caracoles que han escuchado días,
ven y lee este poema de Bonifaz Nuño,
acá hay un cliché de amantes que están en la arena
dibujando pieles y aguaceros oculares.

¿Quién no recita de la noche y de las aguas?
Sobre tus manos edifico el cielo braile,
el cielo lánguido, el cielo marino.
Hay poco octubre para tantos meses en tus aguas.

La desembocadura

Gustavo Marcovich

En las orillas de un río
Porque un río tiene orillas
Y si no tuviera orilla,
Sería un rio sin orillas
Guabina de Vélez - Tradicional de Colombia.

El grito seco quebró el atardecer. Partió el estero en una infinidad de ondas que nadie escuchó, pero que a mí, al menos, me erizó la piel.

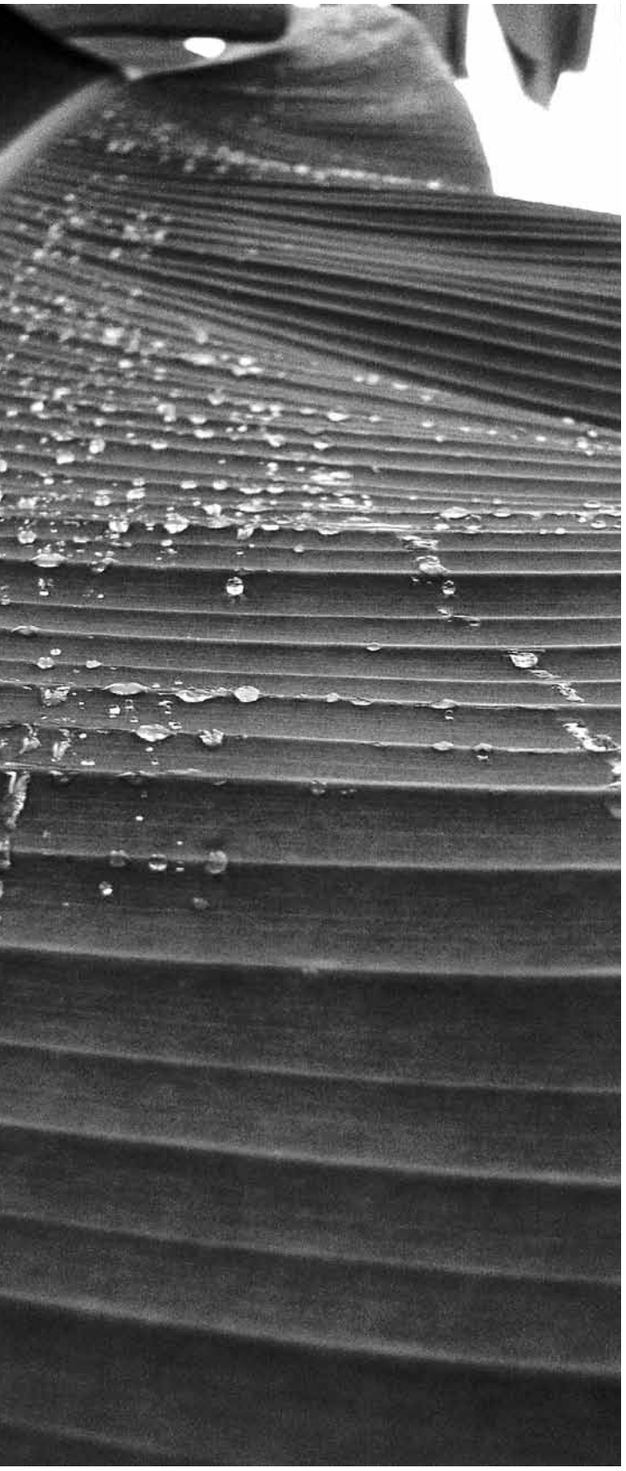
Volví a mirar el sitio en donde debía estar la panga y sus tripulantes y sí, ahí estaban. Luego me distrajo un bulto que pasó flotando, arrastrado por la corriente río abajo: un caballo hinchado con medio vientre mordido por uno de esos lagartos que, de manera traicionera, aparecen cuando nadie lo desea.

¿Un augurio? ¡Qué sé yo! A la vista de los resultados, puede que sí.

En aquel momento sólo me dio asco. Hubiera preferido no ver ese globo inerme, aunque lo volví a observar cuando un pájaro, uno de esos típicos de manglar, aterrizó sobre su lomo y comenzó a picotearle las tripas. El cadáver y su invitado pasaron pronto y se alejaron, fuera de mi vista.

Del asunto que nos concierne, recuerdo bastante bien que no tuvieron problemas durante el viaje de ida: cruzaron sin más aquella mancha de agua y compraron los cigarros justo a tiempo, porque en cosa de nada la tienda cerraría. El regreso, sin embargo, creo que no estuvo bien planeado. De hecho, les recomendaron que no volvieran.

¿Qué podían hacer? ¿Dejarme solo, con las botellas y sin cigarros en la orilla contraria?



Así que decidieron zarpar y, además, subieron a la panga a media docena de niños.

Al principio todo iba bien, pero los principios suelen ser cortos. Desde mi punto de observación se hizo claro que la misión resultaría harto complicada. La corriente estaba dura y los empezó a jalar. En algún momento, cuando la barra era inminente, así como inevitable la salida a mar abierto, Oscar optó por arrojarse al agua y nadar.

¿A quién se le iba a ocurrir? Dos hombres fornidos y buenos nadadores no tendrían problemas. Dos hombres que se llamaban a gritos. Dos hombres que todavía se llaman, aunque uno de ellos ya no contesta. Y seis niños curtidos por la sal marina, las olas, el sol.

El frágil navío, de esos que se gobiernan con un palo largo, no debería haber zarpado a esas horas, poco antes del crepúsculo. No deberían haber cruzado el estero, pero ya no teníamos cigarros y sólo del otro lado venden de ésos. De este, sólo estaba la enramada, unas hamacas y un par de botellas a mi cuidado. Yo hice mi parte, aunque, no lo voy a negar, me bebí una buena porción de aquel aguardiente.

El trayecto que debía ser en línea recta, devino en una diagonal que se alejaba de mi punto de observación, la hamaca en la que, acostado, los vigilaba. Necios, trataban de ganarle centímetros a la corriente que los arrastraba hacia la barra abierta, frontera con la mar y el más allá.

Llegó el momento en que no los vi. Mi cuello dio de sí y tuve que levantarme. Me paré, me sacudí y me acosté de frente al océano. La vista era maravillosa. El sol cayendo por allá y la panga con rumbo fijo, errado pero fijo.

Sí, no te voy a discutir. Fue una estupidez. ¡A mí no me preguntaron! Imagino que pensaron que era mejor intentarlo en ese momento que pasar la noche allá, con los pescadores y sus extrañas costumbres.

Hay un río para cada bañista y éste no lo era para ninguno, no en ese instante. La crecida del estero impedía que el palo tocara fondo y guiara el rumbo de la barca, el derrotero que le dicen.

Los niños saltaron al mar poco después que Oscar y, casi juntos, ganaron la costa. Hábiles nadadores, naturales del entorno, se deslizaron suaves con la corriente y tocaron tierra, sonrientes, como si nada, mientras que Oscar se veía exhausto, a punto de ahogo. Ya en la arena, se unieron al coro de curiosos, unos tres o cuatro lugareños que, a gritos, giraban instrucciones.

¡Déjala fluir! ¡Para acá! ¡No, para allá! ¡Salta! Y en voz baja: ¡ya se lo llevó la corriente!

No va a salir, opinó uno de los pequeños sobrevivientes, le dijimos que saltara, pero se puso necio. Tome, le mandó estos cigarros.

A las palabras se las traga el viento y, a los navegantes, las aguas.

Nunca entendimos qué hacíamos ahí, en esa apartada playa de Chiapas. ¿Apartada de qué? No sé. La realidad es que tampoco sabíamos qué haríamos en otra parte. Éramos como una especie de náufragos terrestres.

¿Qué si se murió? No sé. Puede ser. La muerte emana de la vida. El problema está en que morir es una constante y su derivada es cero.

¿Qué por qué no los acompañé? Por varias razones. Para aligerar y acelerar el viaje, porque alguien debía cuidar el campamento de imposibles visitantes y, sobre todo, porque estaba insolado. La caminata matutina bajo el sol había lacerado mis hombros blancos y no podía ponerme ni la más ligera camisa.

¿Que por qué nadie hacía nada? No sé mujer, es fácil preguntar eso ahora, sentada cómodamente en tu sillón. Bueno, no sé si cómoda; al menos sentada, sí, eso lo puedo constatar. Volviendo al tema, hicimos lo que pudimos: nada. Carlos era el que tenía que hacer algo y lo hizo, lo que pudo y, luego, pues dejó de hacerlo.

Oscar, antes de tirarse al mar, trató de convencerlo, incluso discutieron un poco. También los niños le advirtieron que lo mejor era saltar. Pero no sé qué pasó por su cerebro. Tú sabes cómo era tú marido. O no, a lo mejor no sabes. O no me crees, no tienes que hacerlo. A lo mejor está por ahí el muy cabrón, en Hawái o qué se yo.

¡Abandonen la panga!

Tal hubiera sido la orden del capitán de haber uno sobre cubierta. En realidad las pangas no tienen cubierta ni capitán. Lo más curioso es que la orden fue cumplimentada casi en su totalidad. La media docena de niños y Oscar abandonaron la embarcación. No fue necesario que alguien gritara "los niños y las mujeres primero", porque no había mujeres y, porque los niños, a veces, saben lo que tienen que hacer.

Tal vez faltó una oración antes de emprender el cruce. Tal vez sobró. No sé. Estaba lejos. Del otro lado. ¿Qué te puedo decir? Tal vez no sea tan imposible el entrar dos veces en el mismo río como salir de uno.

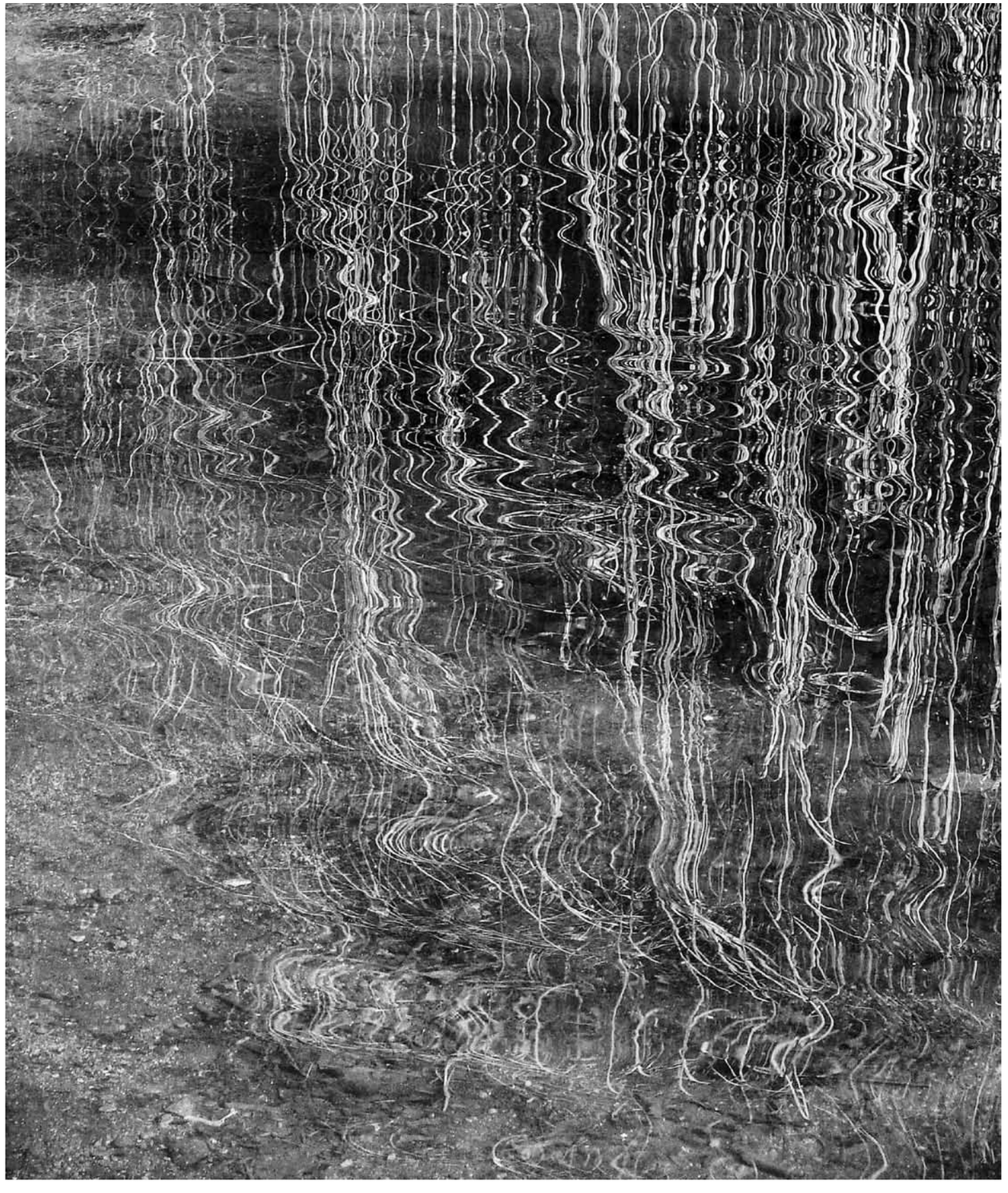
¿Dónde estaba yo? Ya te dije. Tirado en la hamaca, sin mecerme demasiado por aquello de los mareos, metiendo los dedos en la arena, como buscando algo con la férrea esperanza de no encontrar nada. La arena es de los pocos lugares donde se puede meter la mano, juguetear, retozar.

Estaba algo lejos pero alcancé a ver. Al enfrentar la primera ola, Carlos perdió el palo que, para esas alturas, resultaba tan inútil como un GPS. Prendió un cigarro, dijo algo para sí y puso su mano izquierda sobre su frente, como para intentar ver lejos, muy lejos y, antes de que la panga fuera engullida por el mar, alcanzó a gritar:

—¡Nos vemos en Zihuatanejo!

Versión de la primera forma[1]

Eduardo Milán



El Uruguay es un río,
un animal manso que pasó a casa,
se puso sólido, levantó pared.
Habitó, fue habitado por gente
peleadora,
dio la vida en la pelea, santa.
Hábil para nombrar, Hudson,
lo vio purpúreo por puro reo que era
el río vuelto tierra, no Hudson ,
inglés.
Esa es la base: un río que da en tierra
su fluir
y la penetra en afluentes. Penetrar:
cuenta Barrán
que los hijos del río que dio en casas
-aguas de Fray Bartolomé-
cogían como conejos
no para preservarse -sentar especie,
ampliar el marco, poblar-
sino por el simple deseo de prolongación
del cuerpo –la guerra lo limita.
Rivera, Lavalleja
-no sé si Larrañaga- eran grandes
trichadors de domnas.
Igual, la lujuria del anonimato. Artigas
es un arte, una magia
que escapó de la mentira de ser
verdad, padre simbólico,
misterio –un silencio rodeado de jesuitas
como jacintos, dice la historia:
hay que creer que hablaba él.
No era un santo, la prueba es Andresito,
entre otros. Si uno acepta la redota,
la amplia red tendida en ese campo,
la acepta por Artigas como un arte, arte de ortigas
apartado en Paraguay –Ansina
le cebaba mate.
No volver, no volver nunca a la escena
originaria, a ser primer actor
en el gran teatro federal entre los yuyos
montado a su caballo, a la película
que registra en los ojos la traición,
al testigo que mira a los testigos y exclama:
“¡Mira a los testigos!”.
Lo que pedía es que se viera al Virreinato,
esa visible mierda como mar
levantada en la otra orilla, la de enfrente.
Era un pelícano en el sentido en que
era un pelícano, canoso
antes de la cana, lleno el buche de alimento
para los pelicanitos, más allá
de lo que sobreviene, si es posible que suceda,
ese olor a mar que impregna,
a río en realidad. El Río de la Plata no
me parece que le guste como nombre, no
su anunciarse como mercancía,
los peces no sospechan, almas viejas.

1 De *Unas palabras sobre el tema*, 2005.

Cuestión de mapas

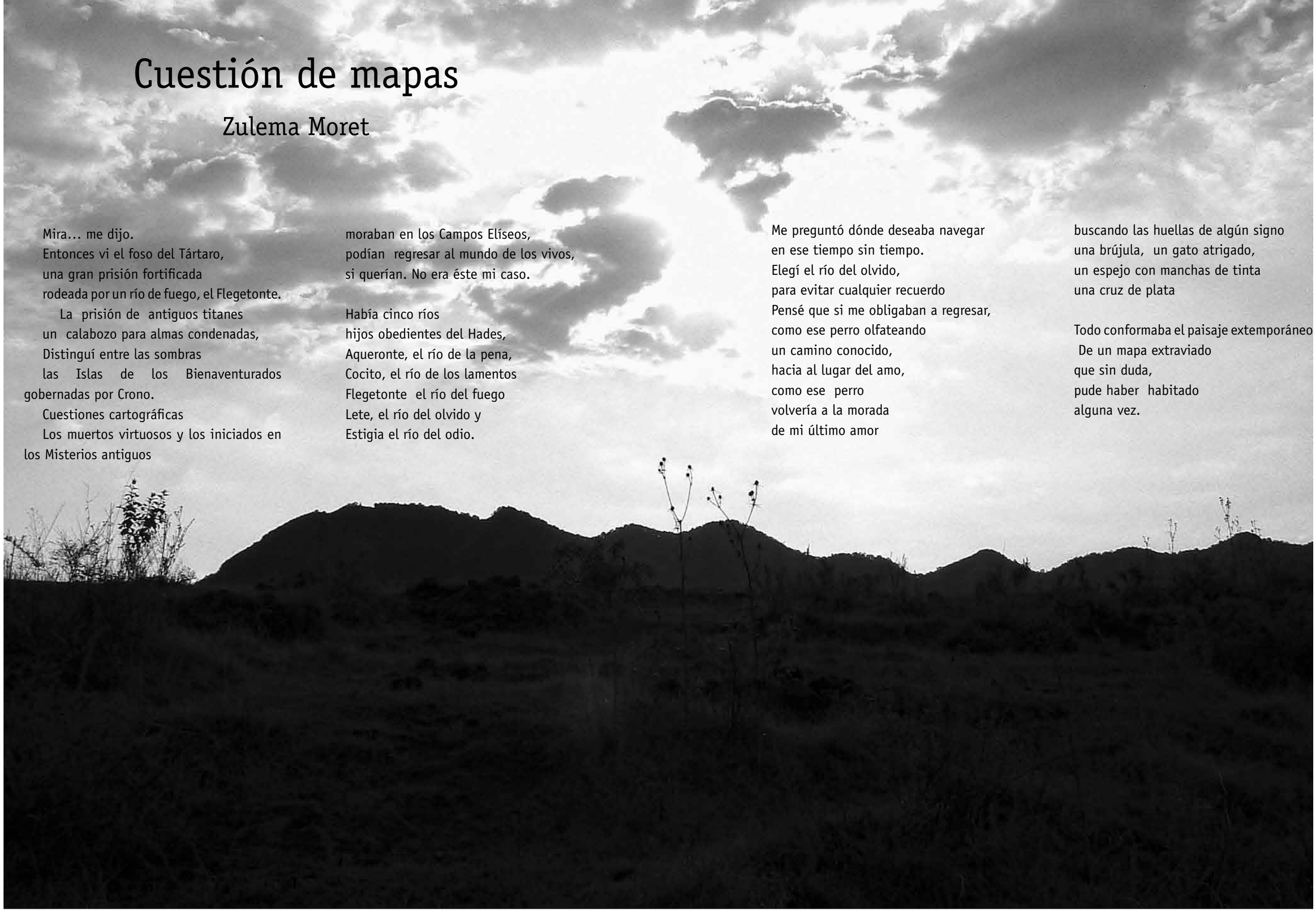
Zulema Moret

Mira... me dijo.
Entonces vi el foso del Tártaro,
una gran prisión fortificada
rodeada por un río de fuego, el Flegetonte.
La prisión de antiguos titanes
un calabozo para almas condenadas,
Distinguí entre las sombras
las Islas de los Bienaventurados gobernadas por Crono.
Cuestiones cartográficas
Los muertos virtuosos y los iniciados en los Misterios antiguos
moraban en los Campos Elíseos,
podían regresar al mundo de los vivos,
si querían. No era éste mi caso.

Había cinco ríos
hijos obedientes del Hades,
Aqueronte, el río de la pena,
Cocito, el río de los lamentos
Flegetonte el río del fuego
Lete, el río del olvido y
Estigia el río del odio.

Me preguntó dónde deseaba navegar
en ese tiempo sin tiempo.
Elegí el río del olvido,
para evitar cualquier recuerdo
Pensé que si me obligaban a regresar,
como ese perro olfateando
un camino conocido,
hacia al lugar del amo,
como ese perro
volvería a la morada
de mi último amor
buscando las huellas de algún signo
una brújula, un gato atrigado,
un espejo con manchas de tinta
una cruz de plata

Todo conformaba el paisaje extemporáneo
De un mapa extraviado
que sin duda,
pude haber habitado
alguna vez.



Como el mar que nos habita (fragmento)

Eduardo Mosches

A través de las venas
fluye el río germinador
un respirar pausado
se altera al observar
líquidos vitales y carencias
tanta agua humana
perdida por juegos de guerra
en simulacros de vida cotidiana.

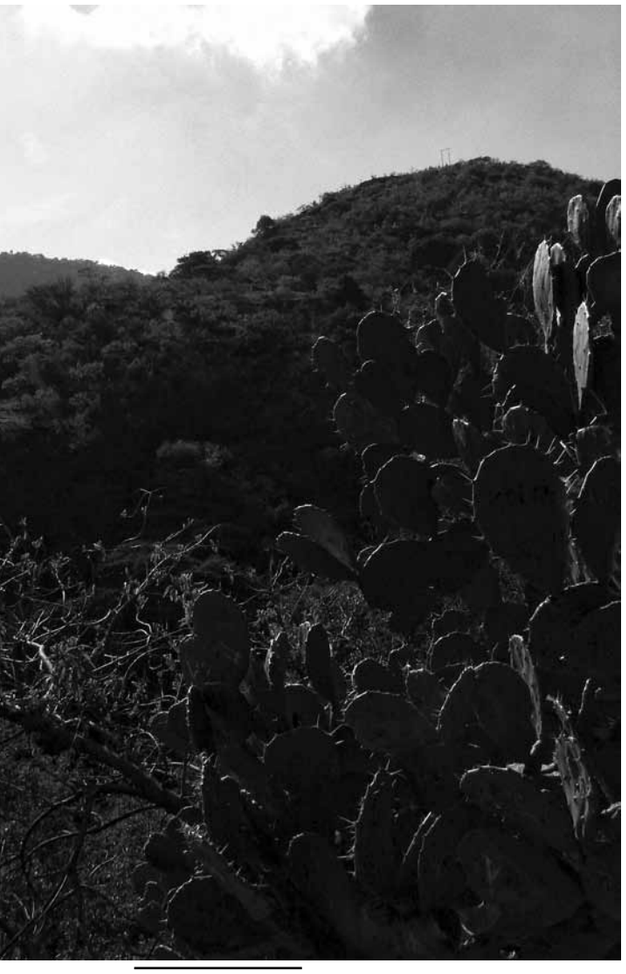
Sumergirse para iniciar el movimiento
nadar placer de la inmersión
crea en cada movimiento
una forma diferente.

Crecen brotes de agua
entre tanto jabalí que retoza
mientras los niños
sencillamente flotan
en este líquido
sencillamente flotan
sumergirse
es motivo de mayor pavor.

Lavar espadas y manos
de las muertes
era y es costumbre muy guerrera
para descansar
de la medida y peso de sentirse culpable
acción para creer desear
que toda conquista y su locura
es sólo un momento de razón.
He leído que las abluciones
purifican del crimen
también la locura
decían los cruzados o congéneres
mientras tanto ha corrido agua
sobre las piedras de los ríos
y cadáveres de combatientes.
Preparada la guerra
mesa larga con botellas lascivas
frenesí angustioso en los siervos

Nostalgia de la sombra[1] (fragmento)

Eduardo Antonio Parra



Al llegar al Parque Viveros supo que la vegetación lo ayudaría a pasar desapercibido hasta la caída de la noche. Esquivó el área destinada a los días de campo y los juegos infantiles y anduvo por una vereda oculta entre los arbustos que lo acercó a la ribera. Se sentó a esperar. No sería tan difícil cruzar el río Bravo a nado, aunque las historias sobre remolinos sorpresivos y cambios de corriente abundaban en la ciudad. Se hablaba también de rancheros tejanos que practicaban puntería con los mojados y de la brutalidad de los oficiales de la migra. Sin embargo, no tenía remedio; si se quedaba en la ciudad, de un momento a otro lo atraparían. Seguro ya lo buscaban.

Sacó un cigarro e iba a encenderlo cuando escuchó pasos. ¿Tan pronto? Se puso en guardia. Sí, dos personas se dirigían a él. No se movió. Se hallaba bien oculto y quizá no lo notaran. Aguantó la respiración. Luego escuchó una voz de mujer.

–Mira. Aquí no nos ven.

Un pudor extraño llevó la sangre y el calor del cuerpo a sus mejillas Se mantuvo quieto. Si aquella pareja lo descubría, lo tomaría por un mirón, un degenerado puñetero. Revisó su ropa y la encontró tan sucia que respiró aliviado: se confundía con el color ocre de la tierra, con los lamparones que imprimía la sombra de las ramas en el suelo. Su rostro también contaba con camuflaje. Procuró no moverse, no hacer ruido, y se dispuso a espiar a la pareja. Casi unos niños, incluso vestían uniforme de secundaria. La muchacha parecía mayor y era quien llevaba la iniciativa. Comenzó a besar al jovencito con delicadeza, sin prisa, como si lo estuviera enseñando, los pómulos, la nariz, los ojos, el cuello cerca de la oreja, la boca. Besos tenues, de los que apenas vibran en el aire y que de pronto, sin previo aviso, se convierten en un choque angustioso de labios, de dientes, de lenguas. Se dejaron ir a fondo: las bocas se absorbían, se penetraban, explorándose a profundidad. Enseguida ella bajó para mordisquear el cuello ajeno, conduciendo las manos de él hacia sus pechos y se abrió la blusa en medio de una serie de siseos que obligaron al Chato desviar la vista incómodo.

Un hormigueo le recorría las ingles pero su estado de ánimo se había estancado en la tristeza. Recordó a la Muda, a quien nunca tocó de esa manera. ¿Por pudor? De inmediato se respondió que no. No fue por pudor, sino por ausencia de deseo. La quería como compañera. Como hermana, pues. ¿Había deseado alguna vez a una mujer? Sí, es probable. Y no hizo ningún esfuerzo por recordar.

Tornó a mirar a la pareja cuando cayeron al piso y la respiración de la muchacha se convirtió en un gemido largo. No se habían quitado la ropa. Ella tenía la blusa abierta por completo y el jovencito succionaba sus pezones voraz. El rictus en el rostro de la chica delataba placer y dolor al mismo tiempo. El Chato la contempló, deteniendo su mirada en ese par de senos blancos, jóvenes, de areolas morenas; en ese cuello cuya vena parecía reventar, y notó cómo su propia excitación se desbordaba. Llevó una mano a su miembro duro y al tocarlo se estremeció. ¿Qué se sentirá? Y se enredó en un amasijo de dudas. Es que sería tan fácil...

–No, espérate. Yo te digo. Sí. Ahí. Suave. Sí, ya está. ¡Despacio! ¡Ay!

Al primer grito de la muchacha siguió otro más largo, doloroso, que se le metió al Chato por los oídos y le recorrió el cuerpo provocándole una angustia desconocida. Sudaba. Su miembro estaba a punto de reventar, al grado de que había dejado de tocarlo para no derramarse en los pants. El sol se metía y las sombras se alargaban en el parque reptando sinuosas entre los arbustos. En unos minutos no podría ver nada. Eso lo tranquilizó. Y no obstante, los gritos de la muchacha rompían la mordaza de los labios del joven y escapaban para ir a enroscarse sonoros en los tímpanos del Chato. Entonces recordó los gritos de la muchacha campesina al ser forzada por Gabriel y su sangre tomó unos instantes de reposo dentro de las venas. Si no ha regresado a su pueblo y anda todavía por aquí, al menos ya no va a toparse con ese cabrón. Luego pensó de nueva cuenta en la Muda y también en la Maga. Suspiró.

La muchacha pegó un grito más agudo y alto que los demás. Luego el ritmo de sus jadeos decreció, al contrario del joven, que gruñía como un animal a cada empujón de sus caderas. Con la escasa luz que restaba del día, el Chato pudo distinguir el pálido trasero subiendo y bajando, con el pantalón caqui del uniforme a la altura de las corvas. Vino a su memoria la imagen del maricón en el río Santa Catarina y la cólera se desató dentro de él: se movía del mismo modo, como si pretendiera atrapar un falo con el culo. A su pesar, volvió a ver las nalgas del muchacho. Su propio miembro endurecido fue entonces una afrenta y se puso de pie. Avanzó unos pasos hacia la pareja y se

1 Novela publicada por Tusquets. Col. Fábula. México. 2012.

detuvo en seco. ¿Qué carajos voy a hacer? Dio media vuelta y se alejó en dirección contraria.

–¿Oíste?

–Noo...

–¡Alguien nos estaba viendo, Mauricio!

–No es nada... espérate... ya voy a acabar...

Caminó por la orilla del río hasta donde, calculaba, había sido la cita la vez anterior. Aunque aún era temprano, la noche ya se apretaba entre las ramas de los matorrales. Del otro lado, a lo lejos, se veía una carretera alta por donde circulaban automóviles y camiones. De éste, el parque parecía desierto, pero el Chato sabía que entre los arbustos abundaban parejas como la de los estudiantes. Su persistente excitación lo incomodaba. El bulto de su miembro erecto levantando los pants lo hacía recordar al pepenador orgulloso de enseñar su verga a la noche. La imagen de los senos de la muchacha y las nalgas del otro bombeando sobre ella no lo dejaban en paz. Tan fácil que hubiera sido. Matar, coger, echarlos al río y ya. El agua del Bravo burbujeaba muy cerca de sus pies. Estoy demasiado caliente. Miró la otra orilla: tan muerta como el parque. ¿Para qué esperar? Y se aventó al agua.

Durante los primeros metros no fue necesario el braceo. Sólo tuvo que asentar los pies muy firmes en el fondo y resistir los embates. El agua fría actuó a modo de bálsamo: tras unos cuantos segundos, el Chato ya ni se acordaba de su calentura. Ahora era otro el placer que lo absorbía: nadar, sumergirse en un caudal sin fin, desquitándose de esta manera de días y días de furioso sol, de su caminata en el páramo, de la sed que lo acosaba desde que tenía memoria. Chapoteaba semejante a un niño en alberca. Bebía grandes tragos de agua. Se dio el lujo de dejarse conducir por el río hasta un que un remolino lo revolcó hacia las profundidades acabando con su diversión.

Entonces se vio obligado a luchar con el Bravo por su vida. La corriente lo hundía hasta el fondo lleno de peñascos y yerbas que se le enredaban en los pies. Lo expulsaba a la superficie a fin de que pudiera tomar un poco de aire y volvía a jalarlo hacia abajo en una tortura metódica que no parecía tener fin. Al tiempo que hacía uso de todas sus habilidades para evitar sucumbir, las leyendas que giraban en torno a ese río maldito se repetían en su mente. Está vivo y es muy traicionero; debe más muertos que el peor de los asesinos, decían quienes no se atrevían a cruzarlo a nado. No vas a poder conmigo, hijo de mil madres. El Chato agitaba manos y piernas y sentía que los pulmones se le cargaban de agua y la cabeza se le hinchaba como si alguien estuviera inyectándole gas a presión. No distinguía el fondo de la superficie, nadaba hacia donde su intuición le decía que se hallaba el oxígeno, mas no lo encontraba. Los golpes en la cabeza, en los hombros, en la espalda, aumentaban su angustia y, cuando creyó que había hecho todo lo posible y comenzaba a abandonarse al empuje de los remolinos, el Bravo se cansó de jugar con él escupiéndolo encima de una piedra, a unas cuantas brazadas de la orilla gringa.

Había quedado exhausto, tanto, que estuvo a punto de dormirse agarrado a la piedra. Descansó unos minutos, mientras tosía agua y recuperaba sus fuerzas. Luego contempló su alrededor. No se veía el parque. En su lugar había varios jacales dispersos entre terrenos baldíos donde pastaban libres vacas y caballos. El Chato creyó distinguir entre las sombras la silueta de una mujer, una anciana recargada en una peña muy cerca de la orilla. ¿Cuánto me habrá arrastrado? ¿Varios kilómetros? El otro lado daba la impresión de ser un rancho. Había un camino de terracería paralelo a la ribera y, más allá, una cerca de alambre de púas para ganado. El frío del agua amenazaba con acalambrarle las piernas. Decidió recorrer lo que le faltaba de una vez.

Como si se tratara de una burla del río, el trecho que había entre la piedra y la orilla era tan ralo que el agua no lo cubría arriba de la cintura. Lo salvó con unos cuantos pasos. Al pisar suelo gringo una intensa sensación de extrañeza lo recorrió por entero. Hubiera jurado que la tierra se movía bajo sus plantas, negándose a sostenerlo. Pues estoy en el gabacho. ¿Y ahora? La cerca de púas indicaba propiedad particular, y no quería servir de blanco a ningún ranchero gringo. El camino de terracería resultaba demasiado expuesto. Si acaso, caminar agachado junto a los arbustos.

No pudo seguir dudando. Un fanal se encendió con un chasquido frente a él; enseguida otro a su derecha y uno más a su izquierda. Encandilado, se llevó las manos al rostro para detener los chorros de luz. Detrás de los fanales varias armas se accionaron cortando cartucho. Escuchó órdenes en inglés que le sonaron a insultos. Levantó las manos, como había visto hacerlo en muchas películas. Ya valí madres. Suspiró y no se sintió mal: no le importaba que lo aprendieran, igual que no le importaba cosa alguna. Iba a donde su primer impulso lo llevaba, se detenía al cansarse, continuaba al sentirse aburrido.

Un oficial rubio que ladraba sin descanso advertencias ininteligibles para el Chato se adelantó y le colocó las esposas. Al apagarse dos de los fanales, vio que había por lo menos seis siluetas con sombreros tejanos en la cabeza. Ya te vi. La imagen borrosa del anciano vaquero de la cantina en Monterrey se interpuso por unos momentos entre los oficiales de la migra y él. Hasta este lado de la frontera me persigues, viejo demonio. ¿Me vas a hacer matar otra vez? Pero el espectro desapareció de su mirada cuando un tipo moreno, aindiado, vestido en forma similar a los demás, se le acercó asestándole un discurso entrecortado en inglés con claro acento mexicano. Nomás el uniforme traes de gringo, pocho cabrón. Ni siquiera puedes pronunciar como los demás. En cambio, al hablar en español lo hizo con naturalidad.

–¿De dónde vienes?

–Aquí, de Nuevo Laredo.

–¿Cómo te llamas?

–Genaro... –fue el primer nombre que le vino a la mente–. Genaro Márquez.

Tiempo de migrar

Cynthia Pech

Esperar a que caiga el relámpago
sobre el río que siempre espera
la luz y su electricidad
como si fuera la estampida que necesita
para alebrestar el cauce
de su agua siempre a punto

Imaginar el lugar deseado
alcanza la ventisca de toda planicie
Y la canícula del verano de cada año que llega
antoja la esperanza un calibre sobre el pecho

La mirada arrebata horizonte
y jamás nada sucede en la vida de una mujer
por las marcas de cada estación
Pero el sabor amargo de la canela
la cima de la noche en plena espera
el Sena sin relámpago ni cauce
indican sin duda
que es tiempo de migrar

Río arriba

Edwing Roldán Ortiz

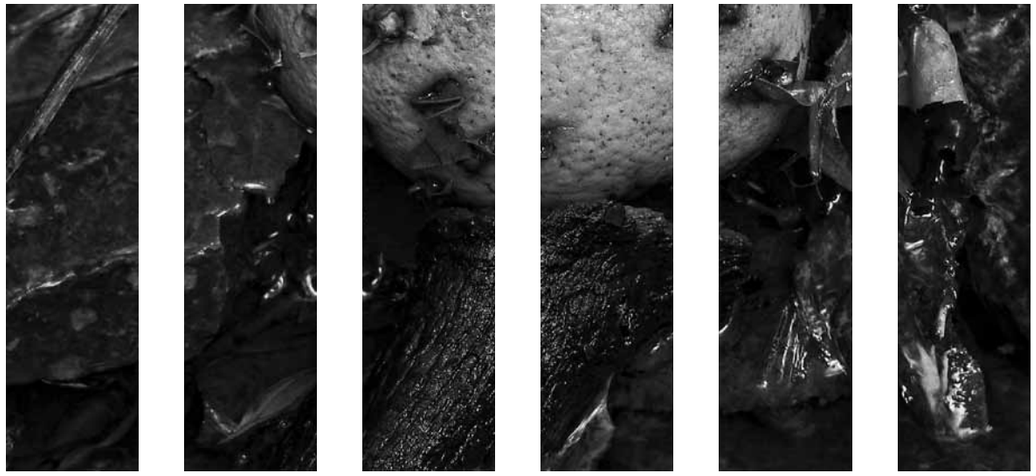
Para Dakota, los amigos y los alumnos

hablo por costumbre
y por soledad
porque me revienta la hondura de este ritmo
este flujo constante de ideales
que apuñalan a madre
y sesgan la carne de los hijos de sus hijos
hasta la orfandad

hablar es ir a contraflujo
callar es dejarse navegar
quedar vacío
acariciar el hueco en la palabra

la palabra es miserable
es un límite del cuerpo
es un surco en la memoria
la erosión del nombre en mí
la medida del tiempo en mí
la angustia pronunciable
la posesión fugaz
río arriba la palabra desfigura el silencio
para alejarse del mar
la turba
la muerte predecible

*



por eso hablo frente a ustedes
por eso me desbordo
por eso me vacío
de escritura y de silencio
soy un río
un devenir constante
entre lengua y cuerpo
espacio y silencio
lengua y precipicio
soy una comunidad a cuentagotas
un río que se ha vuelto lluvia
precipitación

*
como si fuera yo mirándome de espaldas
se me hace agua la voz
repetida en la soltura de esta carne
que se yergue
buscando otra boca para acontecer
sin respuesta
sin pregunta
puritito hecho de enunciar
así como cascada
rugir de frase que arrasa
inunda
cava

*
como un río
explota mi garganta
se hincha mi piel
se desgrana en tu lengua
llena de mundo
llena de ti
aquí somos el mar
hecho mañana
hecho sonrisa y oquedad
hecho silencio y oído
somos la sal de la letra en la pupila
somos la plaza pública a punto de estallar
en grito

en abrazo
en beso y espasmo

como un río
empujas mi tierra
oradas mi entraña
más y más hondo
agua dulce
suave como lengua lamiendo
el nombre en las cosas
somos río

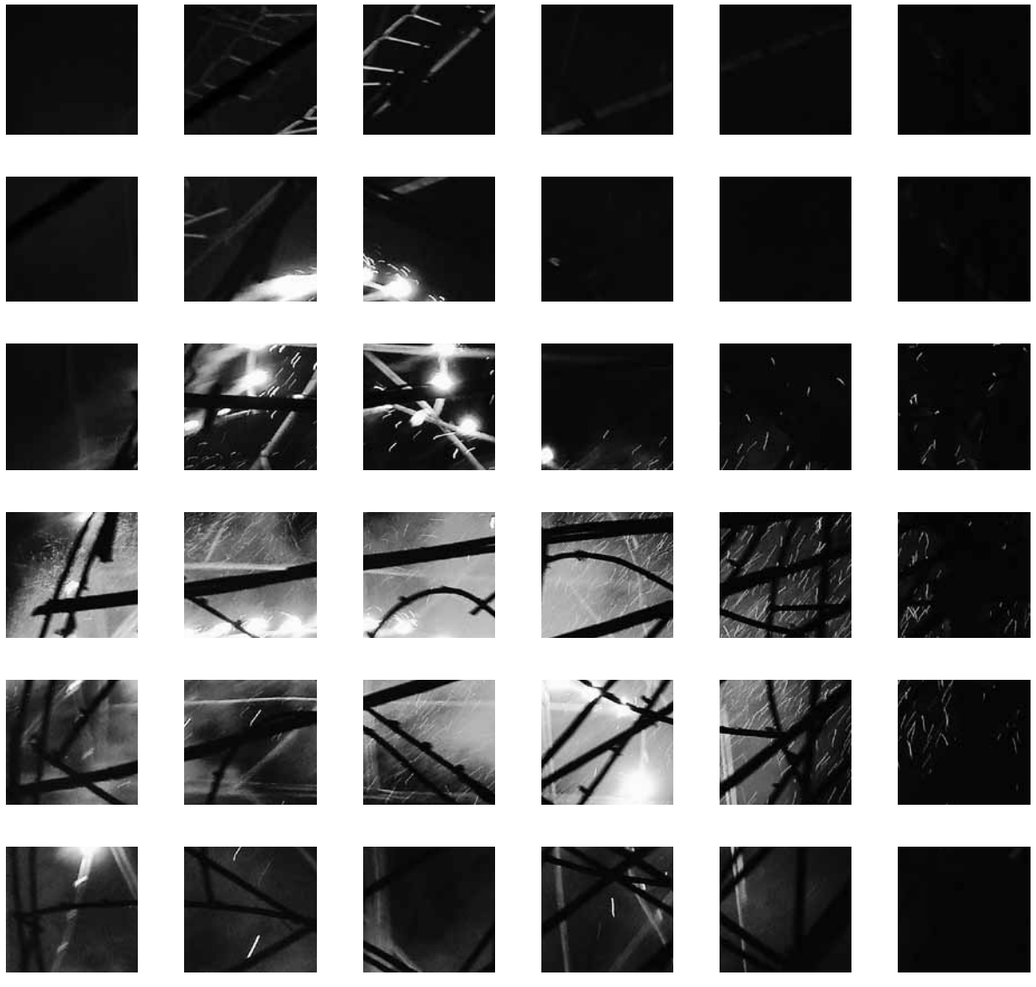
canto abismal
y profundo

somos el río que va el mar
la dureza del agua bailando
en su anonimato
en su amistad de gota hermana
en su rugir de tormenta y batalla

**
un mar que vuela
un mar que zarpa
hacia el ombligo del mundo
hacia el ombligo del hueco
palpas lengua hermana

mi carne es tranquilidad en tu palabra
estoy toda llena de tu voz
hinchada de tu canto

**
río arriba
vuelvo al silencio
después de tanto canto en la garganta
de tanto erguir la lengua en tus labios
amado mío
vuelvo a callar
porque solo me queda tu nombre
como un mar inmutado



Saravá (Fragmento)

Jorge Ruiz Dueñas

"¿Cuándo recordamos qué?"
interrogan acaso
el patrón de la gabarra
y seres a la deriva
inspirados por el deslumbramiento
"Sólo morir"
decía el capitán que no bajaba a tierra
recluido en el puente de su incierto barco
"Morir un poco en la memoria cotidiana"
insistía al ayuntarse con mujeres guaraníes
enternecido por *antas* echadas en los bajos del Río Negro
mientras
ondas de espuma bordaban los navíos
al amparo de constelaciones y cangrejos

Traficaba con necios
diestros en senderos circulares
apostados a la vera de exuberantes fincas
y quebrantado por volátil decadencia
insistía sereno:
"¿Por qué lo recordamos?"
No polemizó más con las sombras
y se dio un balazo

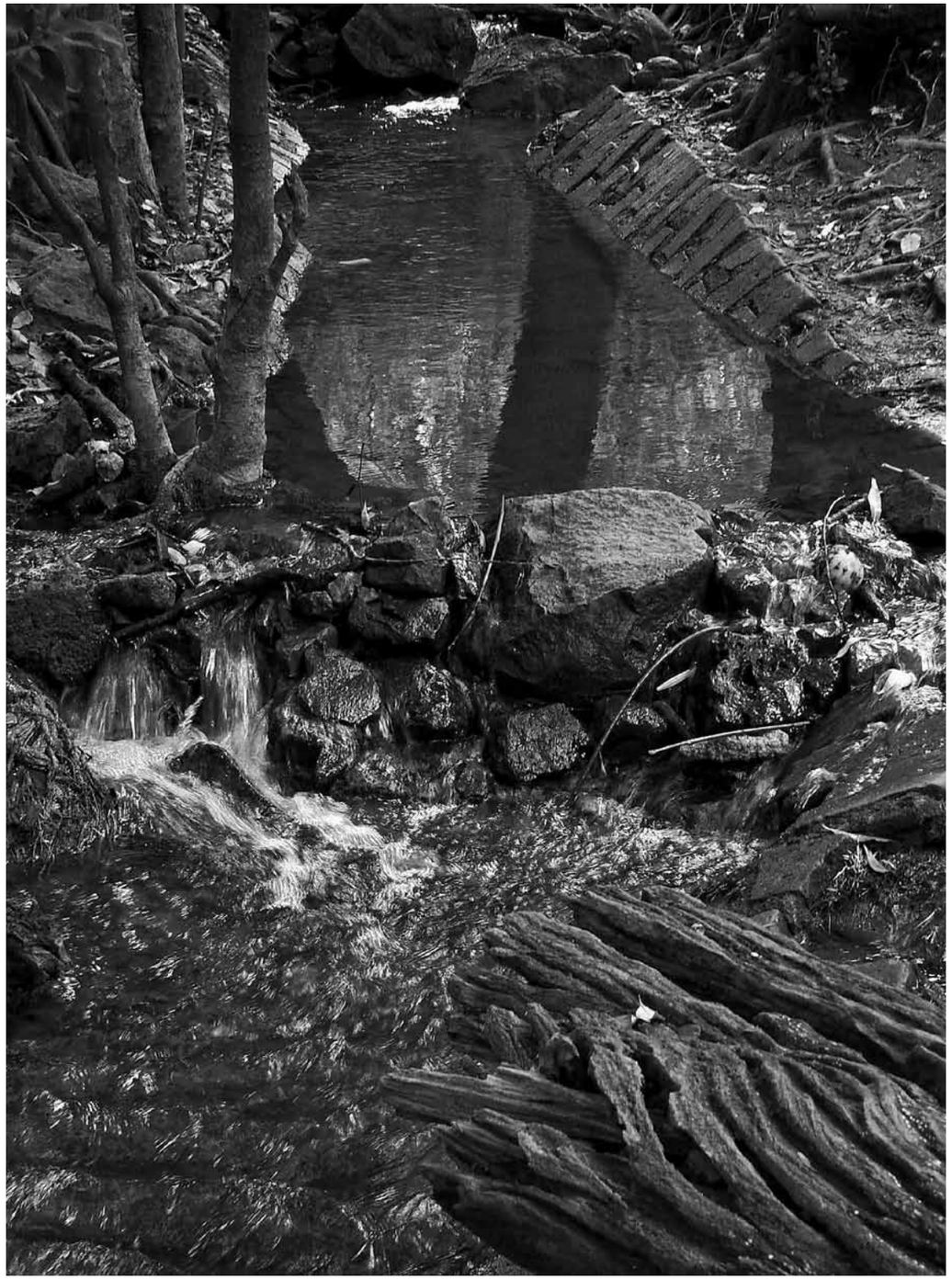
¿Te dije eso en Manaus
con la agitación del viaje
mortificada tú por mi destino?

Entonces *garôtos* descamisados
subían sacos al edificio Progreso
y una muchacha tendía sábanas al sol
y húmedas ropas
recortaban pechos de luna creciente
¿Lo recuerdas?
Solange preparó *pirarucu* en leche de coco
con sus manos hábiles de hetaira
sonreía
adolescente como era
sin saberse besada por la muerte
escondida intimidad
en la ceñida falda

"Ta legal"
dijo al partir
después de orar a santa Catarina
para alcanzar la gracia del coraje
ante los males de la existencia
y perderse en la selva
o el zureo
pelo de melaza
contoneo de la cadera
amparada por espectros en las frondas

Todo eso venía a nos
a los pequeños camastros
indemnes en el carbón diluido de la alcoba
y entre criaturas inmateriales
tú me preguntabas: ¿duermes?
y ni el fuego de tu tacto era perceptible
en la opresión de catafalco
ni el soplo artificial lo mitigaba

¿Será esa la suerte de los muertos?
¡Qué innecesario vivir
si la mente y su llama
descienden a los belfos de la bestia!

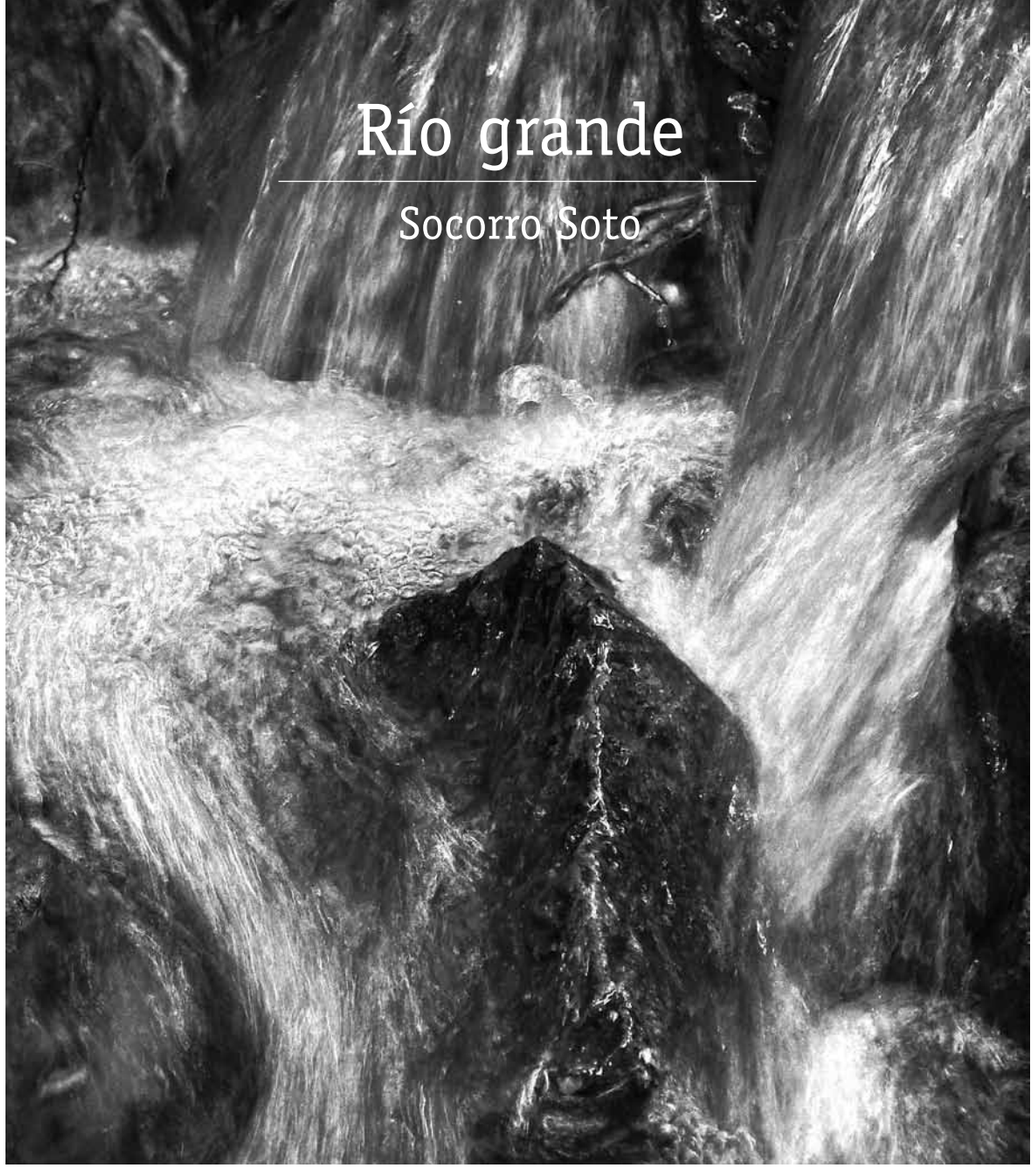


¿Para qué observar en tributarios ríos
la gracia indefinible de canoas
ante oscuras mujeres de pezón endurecido
divertidas con el agua al sexo
en recodos bienhechores de las crecidas?
¿Para qué oración de fin diverso
la fuerza de religiones naturales
los falsos profetas que niegan la *Quimbanda*
la floración sumaria de la *Victoria regia*
la felicidad y el sacrificio que precede a cada fiesta?
y en esa habitación
en tu estregada presencia
¡oh *Exu Marabô!*
mensajero y esclavo de *Xangô* y *Ogún*
sentimos merecimientos
competentes los dos en caridad y culto

¿Será así la noche terminal con el puñal de sombra
devastadora como selacios en el delta?
¿Confiaría por eso su deseo Vinicius?:
morrer de repente, não mais que de repente...
con inauditos fastos
y piraguas en racimos derramados

Agotados por la seducción
llegó feroz el meridiano
y el zumo de *maracujá*
elixir matinal y femenino
mas afuera
acechan los rocíos
derribados sobre la fiebre de los objetos
para madurar
como fruto desprendido
y no es la amargura el principio de la descomposición
ni el amago de la luna
en efímero síncope que la sostiene inaccesible
cuando cáusticos orines de un centinela ebrio
inician sórdido viaje a Belém do Pará

Es el timbal de nuestro corazón
herido por la catástrofe
asolado por el registro de los minutos
en el curso de nuestras rías interiores
en el naufragio de un verso premonitorio
si nuestras lágrimas lo contaminan
Es la historia de las pubescentes
la antología de palabras inescrutables
donde germinan discursos
plenos de inmerecido optimismo
mientras los *capiguarás* en solidaria manada
recorren anegados territorios
o el lodo malsano
amortigua la agonía de la materia



Río grande

Socorro Soto

El río Grande atraviesa la labor
tierra seca entre matorrales y serpientes,
casa de adobe habitada por fantasmas
huellas de siglos anteriores marcan la ruta.

Capataz y hacendado
sombreros que cargan los misterios
cosecha esperada.

Nosotros, chiquillos de inquietudes desbordadas
al amanecer montábamos caballos.

El horizonte como límite
sed anquilosada nos arrojaba al río.

Quietud plena el paisaje
Acuarela de museo.

Cuerpos de niños convertidos en sardinas
Hebras mojadas de cristal mágico
Arrullaban su rumor de siglos.

El viento entre los sauces

Ramón Iván Suárez Caamal

Miro aquel árbol
envejecer sereno.
Da fruto a veces.
Aunque caigan sus hojas
vienen y van los pájaros.

Bajo la noche
encontrar el camino
es muy difícil.
Si me ayuda el relámpago
llegaré pronto a casa.

¿Qué puede ser
inmutable y perfecto
brillo de Buda?
La gota del rocío
eternamente instante.

Es el ungüento
de las primeras lluvias
sobre la tierra
quien sana las heridas
en mi alma de niño.

No te confíes
a los hilos del eco…

Bruma, silencio,
el viento entre los sauces.
¿A quién invoco?.
¿Qué dice la tristeza?
¿Por quién canta la luna?

¡Qué laberinto
el caracol del mar
y el corazón humano!

Y si de pronto
te dijeran lo frágil
que puedes ser.
¿Buscarías consuelo
en el río que pasa?

Si pinto sauces
en el biombo del río,
¿podré llorar?
Si pinto sauces, ¿puedo
marcharme con el agua?

No digas puente
si no piensas cruzarlo
ni sueñes río
cuando no tengas sed.
Di polvo si respiras.

Cuánto me agobia
este paisaje inmóvil.
Serenidad
debería traerme
la quietud de los árboles.

Luna menguante,
¿se mojará mi ropa
-quiero saberlo-
cuando vadee el río
que no tiene retorno?

Gracias, otoño,
por la alfombra de flores;
no la merezco.
Mejor dala a la lluvia,
a la brisa tal vez…

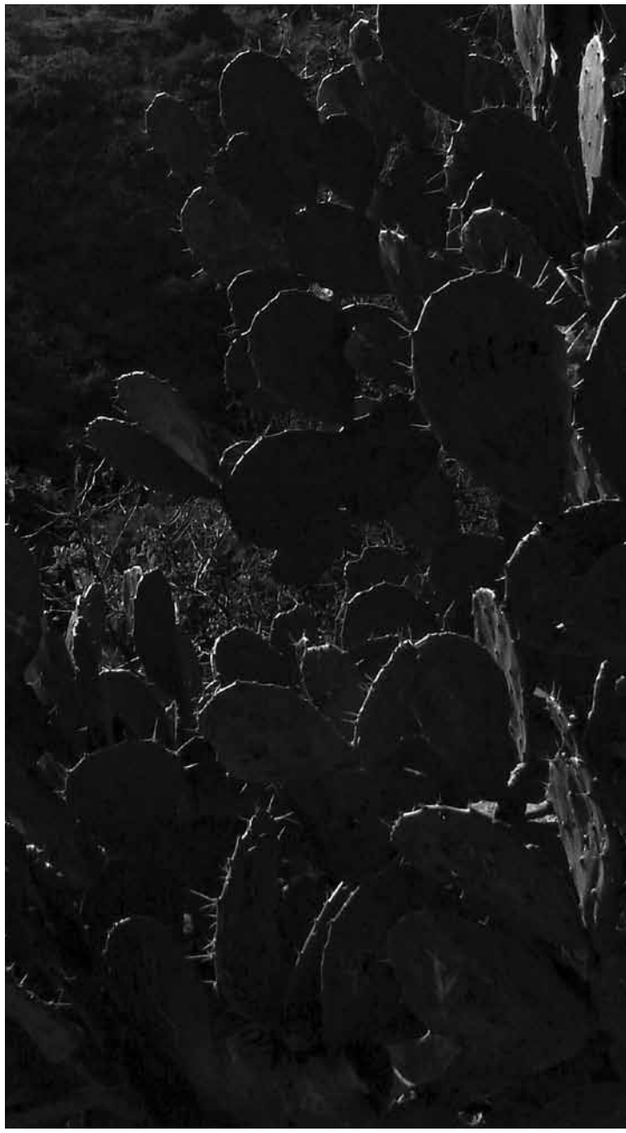
Hierba flotante
en el río que pasa…
Mi corazón
es quien sigue a los pájaros
para morir con ellos.

Cómo un momento,
un desdén de la hierba
nos hace trizas.
Si con cerrar los ojos
se fuera la desgracia.

¿Sabrás leer
el rastro de las aves
sobre la arena?
¿Escucharás sus gritos
antes que el mar los borre?
Déjame, madre.
Seré pastor de nubes,
pastor de olas.
Verás que en mi rebaño
toda la nieve cupo.

Cuando me vaya:
un espejo, una vela,
pincel, tintero,
el viento entre las hojas…
No necesito más.

Hecho un ovillo
me dormí bajo el bosque.
Recuerdo el sueño:
Era un joven bambú
en mis huesos cansados.



El derrumbe de las Ofelias

Adriana Tafoya

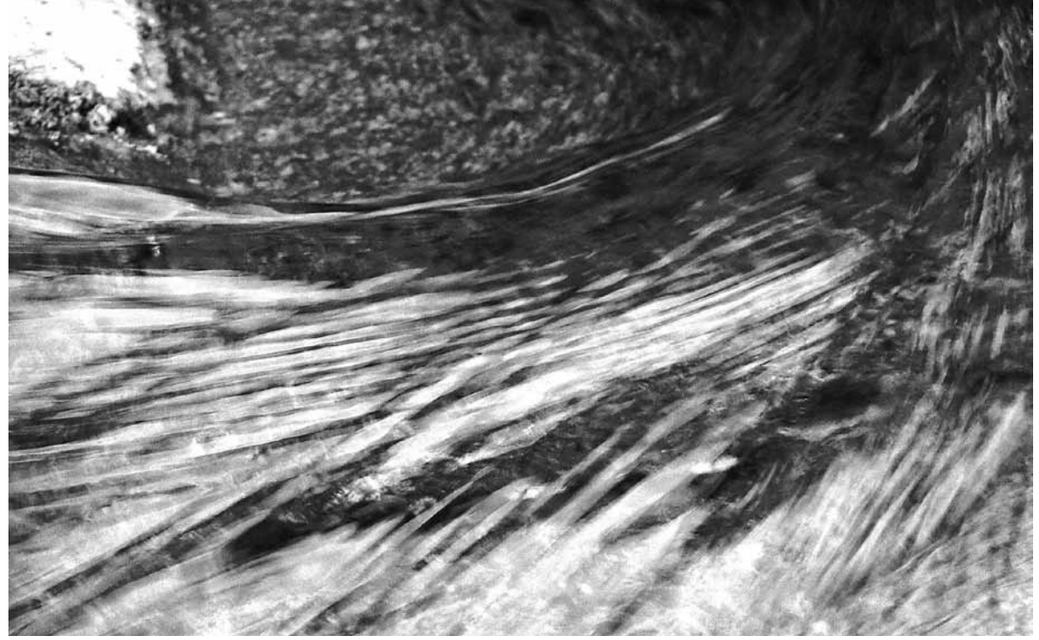
Desconfía
que tan importante es el silencio
que necesario es no callar
Del chapoteo de los lagos
desconfía, del murmullo de los ríos
del reflejo débil de los charcos
Porque mujeres extrañas
se sumergen en los mares
y en cada estanque la silueta
de alguna Ella
se encharcó

No son hierbas negras
los cabellos desmadejándose
entre nenúfares enmarañados
Son cabelleras destejiéndose en encaje
como viejas telas en el agua

Extrañas mujeres se ahogan en los estanques
y bajo narcisos, reposan

Sus cabellos en el agua se derriten

Se sumergen, tal vez
cuando el mundo
se hace incomprensible



y buscan respuestas tragando agua

Luego
sucede lo contrario
y con sus cuerpos nutren de sabiduría
al pájaro, dan color a sus plumas
al siervo que lame estas aguas, al hombre
que en ellas se refleja

Desconfía, porque ellas endulzan el agua

Se nutren las flores
enrojecen sus pétalos
ennegreciendo los capullos
se endurecen
ensombran el aguaje

huele
a hembras

Algunos creen, incluso, que se vencen
y flotan sobre el agua
sólo para verse hermosas

Sus pechos en el agua, qué delicia

verlas de dios esconderse
entregadas al sueño del agua
abren las piernas
y dios (desconfía)
no las protege
no las olvida

Porque dios no fue creado para las mujeres

Y eso es tan natural como hundirse en el mar
para ver desde el fondo
piezas de ajedrez revueltas
en el puñetazo de una ola

Atardecer en el río

Mariana Vacs

A la hora en que la ciudad
es sombra
y la isla ilumina aún
su fragilidad de agua,
el río
es un paisaje mudo.

Sólo los pájaros
movilizan el aire,
sólo los barcos
abren surcos al silencio.

REDES

El río tiene la luna
enredada en un barco.

Por su ancla de duermevela
se escapa la noche.

Sobre los autores

Carlos Aguasaco. (Bogotá, 1975). Profesor de Estudios Culturales Latinoamericanos y Español en The City College of the City University of New York. Premio India Catalina en video arte (Festival Internacional de cine de Cartagena de Indias, 2010). Es coeditor de cuatro antologías: *Festival Latinoamericano de poesía ciudad de Nueva York* (2012), *Ensayos sin frontera* (2005), *Narraciones sin frontera* (2004) y *10 poetas latinoamericanos en USA*. (2003). Libros de poemas: *Conversando con el Ángel* (2003), *Nocturnos del Caminante* (2010) y *Antología de poetas hermafroditas* (2013).

Abril Albarrán. (Nezahualcóyotl, Estado de México, 1987). Estudia la carrera de Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Trabajó en el proyecto universitario *Ecos de la imagen* (libro interactivo de videopoesía). Textos suyos aparecen en diferentes revistas y antologías literarias de Colombia, México e Inglaterra.

Roberto Arizmendi. Ha publicado 40 libros, (27 de poesía, 5 epistolarios, 4 de literatura testimonial y varios sobre educación). Sus poemas y escritos literarios han sido incluidos en más de 25 antologías, en Diccionarios Enciclopédicos y sitios de Internet. Participante en festivales internacionales de poesía de diferentes países. Combina la poesía con la educación como consultor, profesor, investigador y directivo en universidades y dependencias educativas.

Luis Armenta Malpica. (Ciudad de México, 1961). Radica en Guadalajara desde 1974. Fue miembro del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco y es director de Mantis Editores. Expremio de poesía Aguascalientes (1996), Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde (1999), Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta (1999), Premio Jalisco en Letras (2008) y Premio Nacional de Poesía José Emilio Pacheco (2011), entre otros reconocimientos. Autor de los poemarios: *Voluntad de la luz* (1996), *Des(as)cendencia* (1999), *Luz de los otros* (2002), *Ciertos milagros laicos* (2002), *Mundo Nuevo, mar siguiente* (2004), *El agua recobrada, antología poética* (2011), entre otros.

José Balza. (Delta del Orinoco, 1939) Es uno de los escritores venezolanos más prolíficos de los últimos tiempos. En 1991 recibió el Premio Nacional de Literatura. Sus novelas comprenden: *Marzo anterior* (1965), *Largo* (1968), *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar* (1974), *D* (1977), *Percusión* (1982), *Media noche en video:1/5* (1988), *Después Caracas* (1995) y la novela breve *Un Hombre de Aceite* (2008). Entre sus libros de cuentos destacan: *Órdenes* (1970), *Un rostro absolutamente* (1982), *La mujer de espaldas* (1968), *La mujer porosa (*1996), y *El doble arte de morir* (2008); y entre los libros de ensayo: *Este mar narrativo* (1960-87), *Iniciales* (1989), *Espejo espeso* (1997), *Observaciones y aforismos* (2005), *Ensayos crudos* (2006).

Kary Cerda. Poeta y fotógrafa Mexicana. Obra Poética publicada: *Por la Vida Una, Soirs de Vigne, Caracol Aventurero, Usumacintamente, Usumacintamente, las canciones, De tu Piel a mi Universo*. También le han publicado *Tres Cuentos y una Niña* y más de 30 libros ilustrados con sus fotografías. Forma parte de diversas antologías nacionales e internacionales. Sus poemas han sido traducidos al Francés, Inglés, Italiano, Náhuatl y Maya.

Andrés Cisneros de la Cruz. (Ciudad de México, 1979). Poeta y editor. Tiene cinco poemarios publicados: *Vitrina de últimas cenas* (2007), *No hay letras para escribir tu epitafio* (2008), *Como la nieve que dejan los muertos* (2009 y 2010), *Ópera de la tempestad* (2011), *La perra láctea* (2012) y *Fue catástrofe* (2013). Es segundo lugar en el Certamen Internacional Relámpago de Poesía Bernardo Ruiz, 2008, mención honorífica en el Concurso Nacional de Poesía El Laberinto, 2004, y en el Concurso Nacional de Poesía Jaime Sabines, 1999. Es creador del Torneo de Poesía (Adversario en el cuadriláter0), y de los Miércoles Itinerantes de Poesía. Actualmente es editor de Verso Destierro.

Alicia García Bergua. (Ciudad de México, 1954) Ensayista, poeta, guionista y editora. Autora de: *Memoria e historia. La soberbia del olvido* (ensayo, UAM, 1985); *Postales* (coautora, poesía, 1989); *Fatigarse entre fantasmas,* (poesía, Ediciones Toledo, 1991) y *La anchura de la calle* (poesía, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996). Para cine escribió, junto con el cineasta Juan Carlos de Llaca, el argumento que sirvió de guión para la película *En el aire* (Dir. Juan Carlos Llaca, 1993) el cual también fue publicado en 1994 en ediciones El Milagro.

Francesca Gargallo. Estornuda, bosteza y se ríe sin censura; es afectuosa y toca a sus amigas y amigos sin cesar; camina a largos trancos y cuando le duelen la espalda o las articulaciones por la mochila que carga, hace ejercicios en plena calle; prefiere las novelas a la teoría sociológica, la historia de las ideas a la filosofía de la mente, pero lee a todo tipo de poemas. Puede escuchar, hablar por horas y callar, pero se arrepiente siempre si le quita la palabra a otra persona cuando era su turno de decir cosas. Ama el rojo, el azul, el amarillo, el marrón y el verde hoja tras la lluvia, detesta el negro.

Rosa Gaytán. Oaxaqueña. Ha publicado la plaquette *Pueblo hundido* (1997) y el poemario *Estalluvia es la misma* (Textofilia 2013).

Grissel Gómez Estrada. (Ciudad de México, 1970). Estudió la Licenciatura en Letras Hispánicas en la UAM, la maestría en Literatura Española en la UNAM y el doctorado en Literatura mexicana, también en la UNAM. Obtuvo el primer lugar en el concurso de Poesía UAM '96 y el segundo lugar en el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta en 1997. Obra publicada: *Los clavos de fuego de la noche, Poemas de neurosis y antineurosis* y*Otra vida*. También publicó el libro *Textos orales sobre la figura del Indio de Nuyoo,* producto de una investigación financiada por el CONACYT. Es profesora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

José Ángel Leyva. (Durango, México). Poeta, narrador, periodista, editor y promotor cultural. Ha publicado más de 15 libros, entre los que destacan: Libros de poesía: *Botellas de sed* (1988); *Catulo en el Destierro* (México 1993 y 2006; Francia, 2007; Colombia 2012); *Entresueños* (1996); *El Espinazo del Diablo* (1998); *Durangurraños* (2007); *Aguja* (España, 2009); (Italia, 2010); (México-Quebec,2011); *Habitantos,* Colombia 2010; *Cristales Sólidos,* Colombia, 2010; *Carne de imagen* (antología, en Monte Ávila, Venezuela, 2011); *Tres cuartas partes,* Mantis, 2012; *Destiempo* (antología personal, Col. Poemas y Ensayos de la UNAM), 2012. Libros suyos han sido traducidos íntegros al francés, italiano, inglés, portugués, y parcialmente al polaco.

Maya Lima. (México D.F. 1973) Poeta y cuentista, lectora en voz alta y promotora cultural. Autora del libro *El síndrome del Desierto* (2013). Participa en más de diez antologías de cuento y poesía en México y en otros países. Es una de las fundadoras e integrante del grupo "Cabaret Poético". Actualmente es responsable operativa de la Casa del Poeta José Emilio Pacheco en el municipio de Tlalnepantla de Baz, Estado de México.

Sandra Lorenzano. Nació en Buenos Aires, Argentina, pero vive en México desde 1976. Escritora y crítica literaria, doctora en Letras por la UNAM, es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Se desempeña como Vicerrectora de Investigación y Proyectos Creativos de la Universidad del Claustro de Sor Juana, donde fundó y dirige el Programa de Escritura Creativa. Entre sus obras se encuentran *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura* (Mención Especial en el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas), *Saudades* (Fondo de Cultura Económica), el poemario *Vestigios* (Pre-Textos, 2010) y la novela *Fuga en mí menor* (Tusquets, 2012).

Jorge Manzanilla Pérez. (Mérida, Yucatán, 1986). Licenciado en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Guerrero. Ha publicado *Sonido de barro* (2010), *Que me sepulten recostado en la palabra* (2011) *Escarnio* (2013). Coordinó el proyecto *Esta humanidad tan llena de Grietas 2010-2012* (Rojo Siena Editorial 2012) obtuvo mención honorífica en el Adversario en el Cuadrilátero/ Torneo de poesía 2010 por la editorial VersodestierrO, recientemente obtuvo el galardón de poesía José Díaz Bolio 2013, en Mérida Yucatán.

Gustavo Marcovich. (Buenos Aires, 1965). Narrador y ensayista. En 1976, tras el golpe militar, llegó a vivir con su familia a México; desde 1998 vive en Valle de Bravo. Estudió Química en la UNAM. Sus más recientes publicaciones son el cuento infantil *El hombre que se llamaba Cero* –con ilustraciones de Valeria Gallo- y la novela *Responsables en este momento,* ganadora del Premio Nacional de Novela Breve Amado Nervo 2013. Sale poco de Valle de Bravo y, si lo hace, sólo es por ir a jugar futbol al Ajusco. El resto del tiempo lo reparte entre impartir charlas en la región, escribir y cuidar a su pequeño hijo de tres años. Convencido de que el Mesías no llegará, se conforma con esperar otro festival de Avándaro.

Eduardo Milán. (Uruguay, 1952). Poeta y ensayista, se exilió en México en 1979. Fue miembro del consejo editorial de la revista Vuelta. Actualmente recibe un apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte (FONCA). Algunas publicaciones recientes. Poesía: *El camino Ullán* (2009), con obra gráfica de Gabriela Gutiérrez, *El camino Ullán seguido de Durante* (2009). *Disenso* (2010), *Vacío, nombre de una carne* (2010),

Donde no hay (2012). Ensayo: *Cosas de ensayo veredes* (2009), *Una crisis de ornamento. Sobre poesía mexicana* (2011), *Ensayos Unidos. Poesía y realidad desde la otra América* (2011).

Zulema Moret. Argentina, reside en Michigan, USA. Es Profesora de Literatura Latinoamericana en Grand Valley State University, donde coordina el programa de Estudios Latinoamericanos. Escribe poesía, narrativa, literature infantil y juvenil, y crítica cultural. Ha coordinado talleres de escritura en Barcelona entre 1986-2000. Ha publicado *Cazadora de sueños* (poesía, 2003); *Noche de rumba* (cuentos, 2002), *Un ángel al borde de un volcán ardiendo* (2007, poemas, en inglés, francés y castellano); *Lo gris* (Poesía, 2012), *Apenas épica* (selección de poemas, 2012), *Mujeres mirando al sur: Poetas sudamericanas en USA* (2004). Su obra poética ha sido traducida al inglés, al italiano y al alemán.

Eduardo Mosches. (Buenos Aires, 1944). Mexicano de origen argentino. Reside en México desde 1976. Es director de la revista literaria *Blanco Móvil,* desde 1985. Ha publicado los poemarios *Los lentes y Marx, Los tiempos mezquinos, Cuando las pieles riman, Viaje a través de los etcéteras, Como el mar que nos habita, Molinos de Fuego y Susurros de la memoria, Avatares de la memoria* (antología poética 1979-2006) y el libro de prosa *Caminos sin ruta*. Ha recibido varios premios nacionales como poeta y editor de revistas literarias. Ha sido traducido al alemán, italiano, portugués, hebreo e inglés.

Eduardo Antonio Parra. (León Guanajuato, 1965) Narrador. Ha sido ganador de varios premios nacionales de cuento, entre ellos el Efrén Hernández, convocado por el Instituto Cultural de Guanajuato. En el año 2000 obtuvo el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo, convocado en París por Radio Francia Internacional. Ha sido becario del Fonca en la categoría de Jóvenes Creadores, tanto en la disciplina de cuento como en la de novela, también del Sistema Nacional de Creadores de Arte y de la John Simon Guggenheim Foundation. Es autor de los libros de relatos *Los límites de la noche* (ERA, 1996), *Tierra de nadie* (ERA, 1999), *Nadie los vio salir* (ERA, 2001) y *Parábolas del silencio* (ERA, 2006), y de las novelas *Nostalgia de la sombra* (Joaquín Mortiz, 2002) y *Juárez, el rostro de piedra* (Grijalbo, 2008).

Cynthia Pech. (Ciudad de México, 1968). Poeta y ensayista. Desde el año 2000 forma parte del Consejo editorial de *Blanco Móvil*. Su poemario *Intersticios* obtuvo Mención de Honor en el Concurso de Poesía Experimental "Raúl Renán", 1998. Es Doctora en Filosofía por la Universidad de Barcelona, España. Profesora e Investigadora en la UACM y la UNAM. Su poesía ha sido incluida en antologías como *La mujer rota* (2009), *El espacio es un vacío,* incluye todos los tiempos (2010) y *La República en voz de sus poetas* (2012), entre otras.

Edwing Roldán Ortiz. Estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas hispánicas en la UNAM. Ha participado en diferentes encuentros de investigación en torno a la retórica y el discurso como vías del desarrollo del pensamiento en la cultura gay, la cultura mexicana del siglo XX y en la cultura italiana del Renacimiento. Defiende la importancia que la oralización de la poesía tiene en la conformación de grupos sociales. Ha participado con los colectivos Contra la Violencia, el Arte y Poesía y Trayecto, impartiendo talleres de lectura creativa, así como difundiendo la poesía en voz alta.

Jorge **Ruiz Dueñas.** (Guadalajara, Jalisco, 1946). Poeta y narrador. Estudió derecho y la maestría en administración en la UNAM; hizo estudios de posgrado en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Ha sido secretario general de la UAM; investigador nacional en el área de ciencias sociales y humanidades; secretario técnico del CONACULTA; director de *Tierra Adentro* (nueva época), del IMER y de Talleres Gráficos; gerente general del FCE y director general del Archivo General de la Nación. Premio Nacional de Poesía Manuel Torre Iglesias 1980 por *Tierra final*. Premio Nacional de Periodismo en divulgación cultural 1992, otorgado por el Gobierno de la República. Premio Xavier Villaurrutia 1997 por *Habitaré tu nombre* y *Saravá*.

Socorro Soto. Poeta e ingeniera, durangueña y acuariana. Le han publicado: *En estos días,* ensayo y los poemarios, *Desnuda en el viento, Fin de Milenio, En el día tercero se hizo el agua* y *Un mediodía de enero*. Ha sido acreedora a menciones honoríficas en el Concurso Nacional de Ensayo sobre la Participación de la Mujer, en el Concurso Estatal de Poesía "Olga Arias" y en el Premio Nacional de Ensayo que organiza la Asociación Mundial de Mujeres Periodistas AMMPE capítulo México. Ha participado en festivales y encuentros en América Latina y Europa.

Ramón Iván Suárez Caamal. (Calkiní, 1950). Ha obtenido premios en numerosos lugares del país. Ha publicado más de veinte libros de verso y de prosa; entre éstos están: *Zoo y otras ficciones mínimas* (1978); *Memorial de Sueños* (1981); *La fauna del Platón y otros poemas* (1984); E*n el insomnio escribo* (1987); *Pulir el jade* (1992); *Otros mundos, otros sueños y otra vez otros mundos* (1996), entre otros. Es el autor de la letra del Himno a Quintana Roo (1986). Co-fundador del grupo literario Génali, de Calkiní, del que sigue siendo el responsable directo de la edición de las obras y mecenas de jóvenes que inician su carrera en el horizonte de las letras.

Adriana Tafoya. (Ciudad de México, 1974). Poeta y editora. Ha publicado: *Animales Seniles* (2005), *Enroque de flanco indistinto* (2006), *Sangrías* (2008), *El matamoscas de Lesbia y otros poemas maliciosos* (2009 y 2010), *Malicia para niños,* (2012), *El derrumbe de las Ofelias* (2012), entre otros libros. Organizadora de los Miércoles Itinerantes de Poesía y creadora del Torneo de Poesía Adversario en el cuadriláter0 (07/13) y del Premio Latinoamericano de Poesía Transgresora. Su poesía ha sido incluida en distintas antologías. Es editora de la revista y editorial Versodestierr0. Su poesía ha sido traducida al Náhuatl y al Portugués.

Mariana Vacs. (Rosario, Argentina, 1967). Pertenece al grupo de poetas "Cuando el Río Suena". Ha participado en distintos encuentros de poetas en México, Costa Rica y Panamá, así como en el Festival Internacional de Poesía de Rosario en el 2007. Ha publicado los libros: *Ínfimo Infinito* (2006) y *Espina de Maguey* (2012). Su poesía ha sido incluida en distintas antologías y revistas literarias de Argentina y Latinoamérica.

Las fotografías son de:

Eiji Fukushima (Ciudad de México, 1970). Músico y fotógrafo. Estudió Comunicación y Cultura en la UACM. Ha colaborado con fotos y artículos en la revista electrónica *Somos el Medio* y algunas de sus fotos han sido publicadas en la portada de facebook de *Greenpeace*. Músico autodidacta fundador de *Quinta la uva* (1990 a 1994), integrante de los grupos *La Comuna* (1996 a 1998), *Rastrillos* (1999 a 2003), *Los emisores del kan, Disturbios en Andrómeda, Los chilakillers, Reciklan, Jazz Follen, Sistema colectivo* y *Son de Maíz,* entre otros. Ha musicalizado el corto *La iguana* y las obras *Una comunidad con ángel* (2007), *Éxodo, fundación y caída de México Tenochtitlán* (2008) y *El mictlán* (2008). Productor y director del documental, titulado *Tepito arte acá, la búsqueda de lo imposible,* presentado en la UACM (2010). En enero de 2011 terminó el documental Netas de coraza, testimonial de varias personalidades que conocieron a Daniel Manrique y que se ha presentado en la galería José María Velasco. Este año 2013 presenta: *Manrique,* un video-documental con toda la información que se ha ido recabando sobre la vida, obra, y comentarios de gente que conoció al creador de *Tepito arte acá*.

Blanco Móvil
Director: Eduardo Mosches

Consejo Editorial
Gerardo Amancio
Oscar de la Borbolla
Juan Carlos Colombo
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Francesca Gargallo
Eve Gil
Adriana González Mateos
Mayra Inzunza
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Ángel Queiman
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Bernardo Ruiz
Guillermo Samperio
Esther Seligson (q.e.p.d.)
Daniel Sada (q.e.p.d.)

Corresponsales
Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozer (Estados Unidos)
Marcela London (Israel)

Secretaria de Redacción:
Ángeles Godínez
Relaciones Públicas: Patricia Jacobs
Impresión: Impresos Rubí & Gom (5632 8314) México, D.F.
Publicidad: Javier Flores (55740724)
Fotografías: Kary Cerda
Diseño de la portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores: Alejandra Galicia

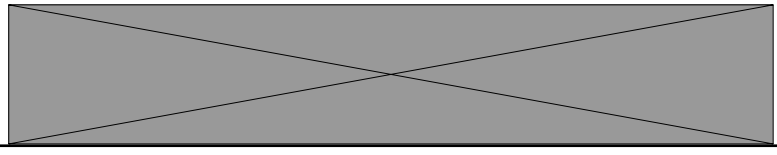
INDICE

Los primeros pasos
Eduardo Mosches

Los ríos que corren por Blanco Móvil
Cynthia Pech
Piedra del Guadalquivir
Carlos Aguasaco
Río
Abril Albarrán
Río Mapocho
Roberto Arizmendi
Vista de Néstor Perlongher sobre el Amazonas
Luis Armenta Malpica
Instantánea con el Orinico
Jorge Balza
Entre ríos/ Iguazú
Kary Cerda
Canto tallado hacia dentro
Andrés Cisneros de la Cruz
Canto sola a la luz
Alicia García Bergua
Acerca de ríos, esquemas y ciudades
Francesca Gargallo
Río Grande
Rosa Gaytán
Escenas del río Colorado
Grissel Gómez Estrada
El puente
José Ángel Leyva
Huracán (El de una sola pierna)
Maya Lima
¿Hay algo que no hable del viejo río color león?
Sandra Lorenzano
Contracanto de los mares
Jorge Manzanilla Pérez
La desembocadura
Gustavo Marcovich
Versión de la primera forma
Eduardo Milán
Cuestión de mapas
Zulema Moret
Como el mar que nos habita
Eduardo Mosches
Nostalgia de la sombra (fragmento)
Eduardo Antonio Parra
Tiempo de migrar
Cynthia Pech
Río arriba
Edwing Roldán Ortiz
Saravá (fragmento)
Jorge Ruiz Dueñas
Río Grande
Socorro Soto
El viento entre los sauces
Ramón Iván Suárez Caamal
El derrumbe de las ofelias
Adriana Tafoya
Atardecer en el Río/ Redes
Mariana Vacs

Colaboradores del número

Nota: En el número 124, los poemas *A veces disimulo y no escribo, Profesión de fe* y *Dispersa la memoria* son de la autoría de Carlos J. Aldazabal y fueron adjudicados a otro poeta. Mil disculpas al autor y a los lectores.

Blanco Móvil
Momoluco No. 64. Pedregal de Santo Domingo, Delegación Coyoacán. C. P. 04369, México, D.F.
Teléfono y Fax: (55) 56-10-92-99
blanco.19mosches85@yahoo.com.mx

Esta revista es producida gracias al Programa "Edmundo Valadés" de Apoyo a la Edición de Revistas Independientes 2012 del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.